



Cándido González Pérez

# EL TELEGRAFISTA

Prólogo de Wolfgang Vogt





## **EL TELEGRAFISTA**



# EL TELEGRAFISTA

CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ



CENTRO UNIVERSITARIO DE LOS ALTOS

Primera edición, 2021

D.R. © 2021, CENTRO UNIVERSITARIO DE LOS ALTOS  
Av. Rafael Casillas Aceves No. 1200  
Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México

ISBN: 978-84-18791-21-5

Hecho en México  
*Made in Mexico*

## CONTENIDO

Prólogo .....	9
Mi primer empleo .....	15
El palenque en Valle de Guadalupe.....	31
El asunto jurídico.....	55
La salida a Aguascalientes .....	75
Las ventas de palomos y el incendio .....	93
La competencia .....	117
Operación vuelo libre.....	143



## PRÓLOGO

En el camino de Guadalajara a Tepatlán encuentra el viajero a su izquierda, a poca distancia de la carretera, el idílico pueblo de Acatic, que no está lejos. Normalmente los automovilistas no se desvían para conocer este lugar tan cercano a Tepatlán.

En Acatic nació Cándido González Pérez, quien tiene grandes méritos como editor. Publicó muchos libros de investigación de profesores de la Universidad de Guadalajara, y también textos literarios. En el año 2020 sorprendió con dos libros de cuentos *Cara de santo pediche* y *Experiencias de vuelo*, en los cuales nos describe la vida pintoresca de su pueblo y sus alrededores. Ahí Cándido se perfila como narrador alteño, y con su estilo fluido y colorido nos describe las particularidades de la vida de esta región. Ahí abundan los personajes curiosos, como el Padre, Pancho que no es precisamente un santo, sino una figura campechana que nos hace reír.

Cándido es un escritor que ama su tierra y se identifica con ella. Igual que Agustín Yáñez, es un típico autor alteño. En uno de sus relatos, con el título “Significado de Acatic”, en *Cara de santo pediche*, nos explica que este nombre significa “ombligo del mundo”. El antropólogo Andrés Fábregas nos dice en el prólogo de este libro que Los Altos de Jalisco son un “ámbito regional que es icónico en México”. Tiene su propio lenguaje, que se refleja en el estilo literario de Cándido, quien sigue la tradición de grandes narradores nacionales, como Mariano Azuela, de Lagos; Victoriano Salado Álvarez, de Teocaltiche, y Agustín Yáñez, cuya familia es originaria de la alteña población de Yahualica, conocida como “Pueblo de mujeres enlutadas”.

Ahora, con la novela corta *El telegrafista*, el lector conoce los aspectos mágicos de la vida alteña. Una de las diversiones principales en estas tierras son las peleas de gallos, que amenizan cantantes famosos. El protagonista de la novela asiste a una en el Valle de Guadalupe, a donde lo lleva el director de la oficina de Acatic, donde nuestro héroe aprendió el oficio de la comunicación. Pero a su jefe, más que los telegramas, le interesan los gallos y los pájaros en general. Cuando un día desaparece de manera misteriosa para siempre, el joven abre todas las jaulas de la casa de telégrafos y las aves felices recobran su libertad. Ahora empieza la parte surrealista y mágica de esta pequeña novela de alrededor de cien páginas.

Un zenzontle convence al joven de contratar a un abogado de Tepatitlán para que defienda los intereses de todos los pájaros enjaulados en su pueblo, que anhelan su libertad. La narración se aleja del realismo y se hace cada vez más fantástica. El solitario joven se relaciona con aves, sobre todo con palomas, más que con seres humanos. Gracias a una mujer de un circo, una persona bondadosa y enigmática, la ocupación principal de su vida van a ser las palomas mensajeras. ¿Será una protesta contra la tecnología moderna, el telégrafo y el teléfono? Nuestro protagonista huye de este mundo moderno para encerrarse en una atmósfera soñada poblada por pájaros.

Cándido, al igual que los surrealistas franceses, busca las raíces profundas; es decir, mágicas, de nuestra civilización. Octavio Paz las encuentra en los mitos. Alejo Carpentier, quien de joven conoció a los surrealistas en París, creó el término de lo real maravilloso. En las islas caribeñas lo fantástico era algo real. La gente creía en eso. Su narrativa se nutre de los sueños y fantasías de los indígenas caribeños. En Colombia y México surge el realismo mágico de García Márquez y Rulfo, y en el Cono Sur, en Argentina, la literatura mágica de Borges, que se basa en la erudición y, por lo tanto, es más bien libresca.

El ambiente mágico de *El telegrafista* hace pensar más bien en Juan Rulfo en *El gallo de oro*, el famoso guion cinematográfico de este autor, en el cual se cuenta la relación entre un gallero y una cancionera de ferias. La novela de Cándido nos recuerda el ambiente pueblerino mágico de esta pequeña obra de Rulfo.

Pero Rulfo es un narrador del sur de Jalisco y la obra de Cándido es característica para Los Altos. Tal vez podríamos relacionarla con la poesía de provincia de Francisco González León, este gran poeta de Lagos que pasó toda su vida en esta pequeña, pero importante capital cultural de Los Altos. No muy lejos de Lagos, en Jerez, que ya forma parte del estado de Zacatecas, nació Ramón López Velarde, reconocido como uno de los poetas más grandes de México. Su bandera era la provincia. Según él, la verdadera vida de México, por lo menos en su época, se desarrolla en la provincia. Rulfo nos mostró que un escritor de provincia puede ser universal.

Cándido es un narrador de provincia. En esta novela el eje de su universo es Acatic. Hasta ahora su obra literaria es pequeña. Hay que desearle lo mejor para el futuro. Por lo menos con esta pequeña novela mostró que tiene el talento para iniciar una carrera literaria que trasciende más allá de las fronteras de Jalisco. Azuela y Rulfo mostraron que eso no es imposible pero que sí es difícil. Hoy día ya casi nadie niega que Jalisco es una de las más importantes regiones

culturales de México, donde brillan en el sur Rulfo y Arreola, y en Los Altos Azuela, Yáñez y González León. En el porfiriato, Guadalajara para los tapatíos era la Atenas de México, y para los alteños lo era Lagos de Moreno; con razón estos últimos y todos los alteños pueden hablar con orgullo de su gran tradición literaria.

Wolfgang Vogt

## MI PRIMER EMPLEO

El día que cumplí dieciocho años salí a buscar un trabajo; todos mis amigos de esa edad ya conseguían dinero de alguna forma para llevar a casa. La mayoría de las opciones que había se reducía a la producción de ladrillo, una actividad muy pesada para los adultos, con mayor razón para los jóvenes, pero si no había una buena opción familiar, tenía que ir a dar uno a los talleres para la quema de hornos. La actividad empezaba con “rendir” el barro, que consistía en cernir tierra, agregarle agua y amasarla con los pies durante dos o tres horas, y dejarla en reposo toda la noche. Se debía tener la precaución de “rendir” la cantidad que se considerara suficiente para hacer ladrillo el día siguiente. Eso no era lo mío, me había propuesto buscar en diez lugares y, si no había otra opción, pues a la producción de ladrillo, o definitivamente a esperar unos tres o cuatro años y luego emigrar a Estados Unidos. Ese era el camino que seguían todos los varones en mi pueblo.

Entonces, salí temprano por la mañana sin rumbo fijo y pensando que debía armarme de valor para pedir una oportunidad en alguno de los pocos negocios que había en Acatitlan. Podría ser una tienda, la cantina, una empresa de venta de pastura para el ganado, en la repartición de refrescos, en la ordeña de vacas, pero si fuera en este último caso debería localizarse cerca del pueblo, porque hay ranchos en los que perdería todo el día solamente en el traslado. Empecé a caminar para el barrio de arriba y las posibilidades, ya en blanco y negro, no me parecían apetecibles; pasaba una tienda y pensaba “la señora es muy enojona”, una de venta de alimento para el ganado “el dueño es muy borracho y pelea a los trabajadores”, una farmacia “nunca tienen ventas”, la oficina del correo “no tienen cartero, todo lo entregan a lista de correo”. En menos de una hora ya me iba desilusionando, pero al llegar al Tajo (el reservorio de agua del pueblo) vi el letrero de “Telégrafos de México”; el encargado era de fuera, se veía que había poca actividad, y no sentí vergüenza de entrar y hablar directamente sobre mis intenciones. Don Luis era un señor que hablaba muy poco y, cuando tenía la oportunidad, se ahorra más palabras.

—Buenos días, don Luis, fíjese que vengo con una molestia; estoy buscando trabajo, ¿no le podría yo servir en algo aquí en la oficina? —me volteó a ver cuando entré al local, pero cuando le empecé a decir mis intenciones ya había bajado la vista y revolvió papeles que tenía sobre la mesa de madera que, por la apariencia, ya había pasado por sus mejores tiempos.

—Ven mañana a las once.

Yo me di por entendido, nunca me habló de trabajo, ni de compromiso alguno, pero sentí que tenía ya algo en la bolsa. Salí tan rápido como entré. Don Luis tenía fama, además de no hablar nunca al contado sino siempre a crédito, de que dedicaba mucho tiempo para el cuidado de sus gallos de pelea y, si en algún momento había el más mínimo espacio para la atención de las oficinas del telégrafo, entre más rápido mejor, pero daba la impresión de que esto último

casi nunca sucedía. Y la verdad es que el pueblito no daba para mucho, era muy raro que alguien hiciera el servicio de enviar o recibir un telegrama. Quienes lo empezaron a utilizar lo hacían solamente para distinguirse de los demás. En lo que sí con el paso del tiempo fue utilizando los servicios, fueron los empleados públicos: las diferentes áreas del ayuntamiento, los trabajadores que estaban construyendo la presa, los de la carretera y los del Programa del Desarrollo de la Comunidad, que llegaron con el compromiso de atraer jóvenes para alejarlos de las drogas y gestionar los deportes diferentes al fútbol.

Al otro día, ya estaba ahí muy puntual a las once, como me había ordenado (o telegrafiado) don Luis.

—Buenos días, don Luis; a sus órdenes.

En esta ocasión, sin levantar la mirada de los papeles que tenía sobre la mesa, me dijo:

—Lava los bebederos de los gallos, muy limpiecitos, los volteas bocabajo, y cuando estén totalmente secos los vuelves a poner junto a cada jaula. Luego les pones agua limpia con un balde, que no pase de medio recipiente.

No esperé mayores indicaciones, nunca hablamos de sueldo ni de horario, pero pronto me empecé a acostumbrar a su modo de no hablar sino a tratar de entender lo que necesitaba. Tenía cerca de cincuenta gallos y a todos les hablaba por su nombre, parecía estar enamorado de esos animales, pero la verdad es que era todo lo contrario, porque los cuidaba para llevarlos al matadero.

Había un corral muy grande y los tenía distribuidos lo más alejados posible unos de otros, en una filigrana geométrica. Hice lo que me pidió de forma mecánica y muy minuciosa, si yo quería trabajo, y al parecer me estaban dando la oportunidad, no podría fallar. Además, sentía que me favorecía mucho, porque eso no era nada comparable a rendir el barro, aplanarlo bien en los moldes de madera, darle el punto preciso de humedad y acomodarlo en el patio a asolear, y luego al mediodía voltear todos los acomodados para que recibiera calor del sol el otro costado; eso como primera

parte, porque luego acomodar los “pantes” para armar el horno para su quema era algo muy especial y además dificultoso. Regresé a la oficina y don Luis, sin decirme nada, tenía un recipiente que utilizaba para ponerle la comida a cada uno de los gallos. Sin mediar palabra, tomó una pala y empezó a revolver varios tipos de alimentos que tenía en un cuarto a un lado de las oficinas del telégrafo. “Empezó” es decir mucho, porque dio tres paladas y luego me la entregó; se quedó parado a un lado, y entendí que yo tenía que hacer la revoltura. No me sentía presionado por nada y hasta gozaba del trabajo, porque era sencillo. Me esforcé para que viera que revolvía muy bien los tres tipos de alimentos; cuando sentí que la mezcla estaba bien lograda, lo volteé a ver y antes de que yo preguntara algo, tomó un molde y le puso una cantidad que ocupaba como unas tres cuartas partes del cupo, me lo entregó y entendí que esa debía ser la medida para ponerle a cada uno; entonces eso hice y dejé completa la comida y la bebida para cada gallo. Cuando terminé, me senté en una banca de madera que tenía donde empieza el corral a un lado de la puerta de entrada. Entró don Luis, y ahí sí se ponía a platicar con todos:

— Quelite, pronto te va a tocar, eres de los mejores y te estás poniendo bien chulo. Prieto, estás chavalo pero con las triniadas que te estoy dando vas a agarrar mucha juerza en las patas. Allá estás Jilote, tú me vas a dar más dinero que ningún otro, te tengo mucha confianza indino. Chorreado, ¿ya te curaste del navajazo?

De esa manera hablaba con todos sin dejar a uno solo que le dejara de comentar algo. Pienso que le caía como anillo al dedo, porque se la pasaba todo el día con sus animales, pero ahora se iba a ahorrar hasta el trabajo de darles de comer. Del entrenamiento eso sí nunca me pidió nada, yo lo veía cómo les dedicaba tanto tiempo a cada uno para hacerlos bravos y tenerlos listos para sus peleas, que eran muchas porque siempre había palenque en algún pueblo cercano. Nunca faltaba a una fiesta patronal participando en sus palenques.

En la oficina tenía una jaula enorme de pájaros, pero a esos no les ponía atención, ni les daba de comer, menos les limpiaba sus desechos. Hacían gran alboroto y eran muchos, había de diferentes tamaños y colores. Nunca me dijo, y tampoco pregunté, qué había de ponerles. Mi tía Ramona tenía muchos pájaros también, aunque distribuidos en diferentes jaulas pequeñas. Ahí me fijé que era lo que les daba de comer, y en alguna ocasión tomé una bolsita para llevarles a la oficina de telégrafos. Les lavaba el bebedero y les ponía papel periódico en la base para facilitar la limpieza (eso había observado también en la casa de mi tía Ramona). Pero me llamó la atención que los pájaros llevaban una vida muy distinta a la de los gallos. Ni siquiera tenían nombre. La primera ocasión tomé alpiste de con mi tía, pero otros días y con mi primer sueldo, compré con el Águila el alimento que consideré suficiente para dosificarles en una semana; era muy barato pero a don Luis nunca le interesaron, no tengo idea de cómo se hizo de ellos.

Un día me dijo:

—Lleva esto.

Me dio un sobre de los que ahí se utilizaban que tenía un plástico pegado casi a la mitad por donde se veía el nombre y el domicilio de a quién se le debía entregar un telegrama. Ese decía: Ramón Sánchez, y en el siguiente renglón: Hidalgo 134.

—¿Dónde es esto, don Luis? —sentí la necesidad de preguntar, aunque ya sabía que las palabras, cuando era muy indispensable, había que sacarlas con tirabuzón.

Apuntó con un dedo a un croquis grande que estaba en un cuadro colgado en la pared. Había tres, uno con el mapa muy rústico de Acatic; otro del mismo tamaño pero a color que correspondía al estado de Jalisco, y otro parecido al anterior, pero de la República Mexicana. No se molestó en decirme “mira aquí está la calle Hidalgo, la numeración es de cincuenta por cuadra, los nones van a la izquierda y los pares a la derecha siempre tomando como partida el eje”, nada, eso lo fui aprendiendo por mí mismo durante los siguientes

meses. Estuve buscando por mucho rato hasta encontrar la calle Hidalgo, pero como soy muy entregado, pronto me fui aprendiendo todos los nombres, y hubo ocasiones en que ya ni me paraba a buscar el domicilio en el croquis, salía rápido y me montaba en la bicicleta. Nunca me pidió que llevara ese equipo, lo hice por iniciativa propia. Estaba muy contento con mi trabajo y hacía todo lo posible por hacerlo cada vez mejor.

Los primeros días fueron iguales, a lavar los bebederos, a dejarlos secar volteados, a ponerles agua limpia en una proporción siempre un poco menor a la mitad, a limpiar los comederos. Luego a revolver la pastura con sus tres componentes y a ponerles una medida de aproximadamente tres cuartos del recipiente. Luego iba y me sentaba en la sombrita en la banca de la entrada del corral y gozaba observando a don Luis platicando con los gallos. Si no se hiciera eso, yo pensaría que el señor era sordomudo.

La primera semana, al llegar el viernes, yo estaba sentado observando cómo manejaba el equipo manual para preparar un telegrama. Se levantó, sacó algo de su bolsa y tomó un billete de veinte pesos, me lo entregó con la mano izquierda, sin voltear a verme y sin mediar palabra. Yo entendí que ese era mi sueldo, que el día de paga sería el fin de semana y que ya sabía yo cuáles eran mis obligaciones y mi horario. Esperé de todas maneras a ver si había alguna instrucción ¿qué tal que luego me dijera: ve a traerme tal cosa de la tienda? No quería yo cometer el más mínimo error porque también tenía fama de enojón. Recuerdo cuando entró en una ocasión don Pedro Rodríguez y le preguntó:

—¿Cuánto cuesta mandar un telegrama a Estados Unidos?

Don Luis le puso una hoja con las tarifas; claro, sin decir palabra.

—¿Cuántas palabras se pueden escribir?

Le puso otra hoja donde decía el precio de los telegramas empezando siempre con la cantidad mínima, que eran

diez palabras. Ahí decía “el costo por diez palabras es tanto y si escribe menos se cobra lo mismo”.

—¿Y es obligación que yo tenga que leer eso? —le preguntó molesto don Pedro, porque no le contestaba nada. Le dijo con la cabeza que sí. Entonces el cliente agregó: —hasta que se hizo de mulas Pedro.

Don Luis masticaba chicle durante todo el día. Nunca lo vi sin él, tenía mucha parsimonia para pausar el movimiento de la boca y sacar el producto por un momento entre los labios. Jamás observé a otra persona que hiciera lo mismo, masticaba como diez segundos, luego sacaba el chicle con la lengua y lo ponía a un lado sosteniéndolo entre los labios durante otros diez segundos. Siempre con esa cadencia. Usaba el corte de pelo fletap que era la moda, pero la verdad a él le crecía así de forma natural. Me hacía recordar al único peluquero de Acatic, que solamente practicaba dos cortes, decía:

—¿Cómo lo quieres, de bacinilla o estilo puerco?

Del primero hacía referencia supuestamente a que se ponía un urinal sobre la cabeza y se cortaba solamente el cabello que sobresalía. Del segundo, al fletap, que según él era el más parecido a las cerdas paradas de los marranos.

Debió de haber sido como en la tercera semana de mi incorporación al trabajo cuando, una vez que había terminado de darles de comer a los gallos, estaba sentado en la mesa grande frente a él. Siempre tenía que estar a la espera de que llegara algún telegrama para llevarlo corriendo a su destino; era muy poco el trabajo, y yo sentía la necesidad de hacerlo con la mejor calidad posible; eso mismo hacía con las actividades que practicaba con los gallos e inclusive con los pájaros, aunque don Luis nunca me pidió que lo hiciera con estos últimos. Me acercó un aparato similar al que utilizaba para la escritura de telegramas y una hoja con unos signos que yo no entendía nada:

—Las vocales primero —me dijo señalando las letras.

La hoja estaba con una lámina de plástico grueso para protección porque se utilizaba a diario y seguramente con

esa misma había aprendido don Luis el código Morse (luego supe que así se llamaba). En una visita que hice a Guadalajara para comprar unos útiles escolares que me encargó mi tía Ramona pregunté por una impresión del mencionado código y la encargada bajó a un sótano donde tenían la bodega de la papelería y subió con una exactamente igual a la que me había prestado don Luis; la compré y la colgué con un clavo en la pared del cuarto en mi casa para tenerla presente siempre que la necesitaría, y que fue en realidad por mucho tiempo. El documento contiene lo siguiente:

### CÓDIGO MORSE

<b>A</b> ..	<b>J</b> .----	<b>S</b> ...	<b>2</b> ..----
<b>B</b> -...	<b>K</b> ---	<b>T</b> -	<b>3</b> ..----
<b>C</b> -....	<b>L</b> ....	<b>U</b> ..-	<b>4</b> .....
<b>D</b> ---	<b>M</b> --	<b>V</b> ....-	<b>5</b> .....
<b>E</b> .	<b>N</b> -.	<b>W</b> ---	<b>6</b> -....
<b>F</b> -....	<b>O</b> ---	<b>X</b> ----	<b>7</b> -....
<b>G</b> ---	<b>P</b> .----	<b>Y</b> ----	<b>8</b> -....
<b>H</b> ....	<b>Q</b> ----	<b>Z</b> ---	<b>9</b> ----
<b>I</b> ..	<b>R</b> ...	<b>1</b> .----	<b>0</b> ----

Haciendo uso de las más mínimas palabras para pedirme que practicara, me repitió:

—Primero las vocales, con eso ya sabes la mitad de lo que vas a necesitar.

Con el aparato que me entregó empecé, primero con temor, luego me fui familiarizando y practicaba todo el tiempo posible. A partir de ese día, primero atendía sus gallos y me arrellanaba todo el tiempo posible en el otro extremo de la mesa que él utilizaba para hacer su trabajo. Claro, su principal actividad lo fue siempre el poner a practicar los gallos peleando y platicarles todo lo que se ahorra de palabras con los clientes y con su empleado. Yo, por mi

parte, les dedicaba el más mínimo tiempo necesario a los gallos, y todo el resto a practicar el uso del código Morse.

Para iniciar entonces, él tomó primero el aparato, lo oprimió como si fuera nada más un piquete, luego un segundo toque pero ahora lo dejó haciendo contacto durante un segundo. Entonces escribió en una hoja de papel de las que envolvían las compras en las tiendas. A excepción de los gastos con los gallos, el poco tiempo que lo llegué a conocer, siempre fue muy avaro. Luego de eso, tomó un lápiz que traía siempre en la oreja derecha (igual que los chicles, nunca lo vi sin su instrumento de escritura), escribió la letra “a” en el papel y volvió a presionar primero como un piquete e inmediatamente después lo presionó haciendo contacto por un segundo; volvió a escribir la “a”. Acto seguido me entregó el aparato y se quedó observándome para que hiciera yo lo mismo.

Oprimí el equipo, luego otra vez pero ahora lo dejé haciendo contacto por un tiempo mayor, lo solté y tomé mi lápiz (nunca me lo puse en la oreja, desde que aprendí y por varios años, siempre lo tenía a un lado), escribí la letra “a”. Repetí en su presencia el acto como en diez ocasiones, luego don Luis, para evitar hablarme, escribió en mi papel: “e”, entonces, presionaba como la letra “a” pero solamente en una ocasión, como traté de interpretar las claves escritas. Entonces, muy sencillo, le daba un solo piquete y luego escribía en el papel “e”. Así estuve toda la mañana y siguiendo sus calladas instrucciones; después de muchos intentos, hice lo propio para mandar una señal con la letra “i”, que consistía en dos piquetes, luego a escribirla con mi puño y letra. Las cinco vocales fueron mi tarea durante varios días.

— Sabiendo las vocales, ya hiciste la mitad del trabajo — me dijo.

Yo me sentí entusiasmado porque estaba aprendiendo algo nuevo, me emocionaba pensando que, aunque sabía cómo se hacían los ladrillos, nunca me había dedicado a eso, por el contrario, estaba experimentando con algo novedoso y que resultó mucho más productivo de lo que me

podía imaginar, porque rebasó los límites de mis fantasías más locas.

—Escribe con tus dedos en tu pierna todas las cosas que veas en la calle: los postes, los carros, los sombreros, las bancas, todo lo que te encuentres —me ordenó de una forma serenada.

Tenía razón mi patrón, de esa manera practicaba todo el tiempo porque me encontraba a una persona en un caballo y con los dedos sobre mi pierna escribía la “c”, luego la “a”, luego la “b”; claro, cuando ya estaba aprendiendo la “otra mitad”, es decir, después de haber hecho como cincuenta planas en el papel de desecho de las tiendas con las vocales. Lo que me parecía imposible los primeros días, muy pronto me fui familiarizando y sinceramente le encontraba un gusto especial. Rompí con eso la rutina de las mañanas y las tardes de cuidar la alimentación de los gallos, que se había convertido desde luego como mi principal compromiso, luego la de los pájaros, y que eso iba con un pequeño detrimento de mis ganancias, porque nunca compró nada que tuviera que ver con ellos, y luego a practicar la escritura del código Morse. Me enseñé a escribir y me costaba mucho trabajo traducir el sonido cuando llegaba algún telegrama, al principio me parecía igual de ininteligible que cuando lo había escuchado la primera ocasión, pero al paso de los meses, iba ya perfeccionando algunas letras. Cuando pude traducir la primera palabra completa, me sentí el niño más feliz del mundo: “días” había yo entendido que había escrito don Luis.

—¿Escribió “días”? —le pregunté, y me contestó que sí con la cabeza, pero sin demostrar ningún sentimiento, y con su chicle de fuera.

Las prácticas se volvieron más dificultosas porque ahora tenía que hilar palabras, exactamente igual que en la escuela cuando aprendíamos las vocales, después era obligación juntarlas y practicar en voz alta todo el grupo: la “l” con la “a”: “la”; la “m” con la “e”: “me”.

Otra actividad que me resultó más productiva incluso que escribir con los dedos sobre mi pierna en la calle era

tomar un pedazo de periódico del que le cambiaba el piso a la jaula de los pájaros, e ir escribiendo palabras al azar. Así, apuntaba con el dedo y si quedaba sobre el escrito “ciudad”, entonces escribía eso. Y así sucesivamente. Fue una experiencia maravillosa el ir aprendiendo a escribir y a leer (esto último fue mucho más difícil que lo primero, pero me dio grandes satisfacciones).

Los días se fueron haciendo repetitivos, las actividades eran las mismas. En muy rara ocasión llegaba un telegrama que yo tenía que ir a entregar rápidamente. Me subía a la bicicleta y lo llevaba hasta las manos del destinatario, lo que en no pocas veces me significó propinas que yo guardaba para comprarme algo de vestir para las fiestas del dos de febrero. También eran escasos los eventos de que llegara alguien a mandar una felicitación o un aviso para sus familiares, generalmente eran para parientes en Estados Unidos. Todo eso me fue sirviendo de práctica.



## EL PALENQUE EN VALLE DE GUADALUPE

Don Luis llegaba en la madrugada los días en que iba a pelear gallos. No hubo mes que dejara de asistir a las fiestas que se celebraban en los alrededores y es cuando se montan los palenques para las peleas de gallos. Pero el de Valle de Guadalupe fue muy especial por los aciagos resultados. En ese poblado era novedoso porque iban muchos visitantes no solo por las apuestas, sino también porque siempre iba Vicente Fernández a amenizar; se vendían boletos y el local quedaba pequeño por tantos seguidores del cantante. Don Luis estaba en los días previos muy contento, y más platicador que de costumbre con sus gallos, en especial con el Imperial, le decía:

—Ahora sí nos vamos a hacer ricos mi Imperial, nada más a esperar el día; lo demás es trámite, tú vas a ser el primerito con el que empiece a llenar el costal de billetes. Yo sé bien que no me vas a fallar, para eso te tengo.

Después que yo daba de comer, don Luis hacía el recorrido de pláticas y

confesiones con sus gallos. Nunca supe si tuvo hijos y, como desapareció repentinamente, no lo pude averiguar, pero de lo que sí estoy seguro es de que habría hablado mil veces más con sus animales que con sus retoños. En las muy raras ocasiones en que llegaba un cliente o se escuchaba el sonido de la clave Morse anunciando la llegada de una comunicación, hasta se ponía de mal humor. Lo suyo, lo de su corazón, estaba en los gallos y no en el trabajo. Los telegramas eran un estorbo para su afición.

—Mi Jilote, tú vas a ser el segundo, con lo del Imperial y con lo tuyo, no voy a hallar dónde meter tanto dinero. Me voy a traer el premio, en el Valle siempre van hasta diez partidos, la entrada va a ser mínimo de \$3,000 pesos, me voy a echar treinta mil nada más de las peleas reglamentarias, aparte lo que apueste por fuera. Voy a brindar a la salud de ustedes con una botella de tequila y hasta voy a apantallar a Vicente con mis cantos; vas a ver, chiquito, vas a ver.

Toda la siguiente semana que fue la previa para la salida al palenque de Valle de Guadalupe, don Luis fue un hombre totalmente diferente al que conocimos en Acatic. Llegaba temprano, a eso de las nueve de la mañana, cuando antes nunca lo hacía sino después de las diez o incluso a las once. Yo hacía mi rutina en los mismos lapsos porque no era conveniente malacostumbrar a los gallos, máxime que yo sabía eso era la pasión del señor. Pero él andaba como león enjaulado y muy conversador.

—¿Qué le picó a tu patrón? —me preguntó la señora que llevaba cada dos o tres días un cántaro de agua para tomar—, ¿se va a morir o qué? Dicen que los cisnes cantan cuando se van a petatear, ¿este señor no estará en las últimas?

Era muy fuera de lo normal lo que estaba pasando. Por lo que a mí concernía, era mejor; así yo podía aclarar las dudas que tuviera con mis prácticas del código Morse o de lo que se ofreciera. Cuando no encontraba el domicilio del señor al que se le murió el hijo en Estados Unidos y tenía que entregar el telegrama, pasamos una situación muy apremiante; pri-

mero, porque se suponía que no deberíamos saber de qué trataban los contenidos de los telégrafos, pero como había uno o dos por semana y como don Luis era quien los tenía que transcribir, por supuesto que sabíamos todos los mitotes del pueblo (bueno, los que pasaban por las oficinas del telégrafo). Yo sabía lo del secreto profesional que me lo explicó muy bien don Luis, y fue precisamente en esa semana en que se “desbosaló”.

—Las cosas que de aquí salen, o las que llegan, nadie las debe saber, ni siquiera la mamá de uno, ¿me entiendes? Nunca debes decir ni media palabra, ni siquiera dormido —me explicó muy enfático—, a eso se le llama “secreto profesional”, y si no se cumple hay penas que deben cubrirse hasta con cárcel.

Luego me hizo una larga historia (como ya hemos dicho, inusual en él) de que la principal función que había tenido el telégrafo en México había sido durante la Revolución, y que habían colgado a muchos por no haber guardado el secreto que el trabajo ameritaba. Nunca estuvo en mis mientes platicar las cosas que ahí supiera, aun y cuando no existiera la pena de muerte. Es muy feo que la gente ande hablando cosas que no son su compromiso.

Toda la semana fue exclusiva para los preparativos de la salida a Valle de Guadalupe el siguiente viernes. El palenque empezaba a las ocho de la noche, pero dijo don Luis que íbamos a salir a las cinco de la tarde, y digo “íbamos” porque me invitó por primera ocasión. De mi gusto a las anteriores ocasiones que iba a pelear gallos yo no hubiera ido a menos que me ordenara, porque no me gusta, pero con eso de que iba a cantar Vicente Fernández, pensé “ahora sí voy”.

—Aquí están las ocho cajas que vamos a llevar, se necesitan solamente tres gallos pero se tienen que presentar más por aquello de que no coincidan exactamente los pesos —dijo.

Según le entendí, es por categorías; primero el más liviano, el segundo con mayor peso, y al final uno muy grande. Todos los partidos competidores deben hacer lo mismo. Al principio se hace una rifa, que en este caso, según explicó

don Luis, iban a ser diez competidores (cinco contra cinco), y cada quien lleva tres gallos, un total hay quince peleas. La rifa consiste en que cada representante de partido saca un papelito, y con eso van juntando pares al azar; es decir, van diciendo la primera pelea de cada competidor tiene un adversario electo según el número que le correspondió. Termina la primera ronda y se hace algo similar para acomodar la siguiente cantidad de adversarios. Se van anotando los resultados y al partido que haya ganado el mayor número de peleas se le entrega el premio, que en este caso correspondería a \$30,000 pesos, porque cada equipo daba de “entre” \$3,000, y el bono total se le entregaba al máximo competidor. Había casos en que si dos o tres partidos empataban en número de peleas ganadas se repartía el premio, pero había también ocasiones en que preferían apostarlos en una pelea extra. Don Luis ya tenía el orden en que iba a presentar sus gallos, y también, por supuesto, al que decidiera el premio final si fuera necesario. Se sabía de memoria los pesos de cada gallo igual que los nombres de cada uno.

Caminaba el señor en esos días y parecía que hasta bailaba, andaba de un carácter juvenil y hasta saludaba a quienes pasaban frente a las oficinas del telégrafo, cosa que nunca había hecho.

—El sábado vamos a ser ricos muchacho —luego repetía su máxima—: “el que juega limpio, limpio se queda”.

No me hablaba por mi nombre y tal vez nunca lo supo; no recuerdo en todo el tiempo que trabajé con él que haya hecho eso. No me molestaba, solo recuerdo que nunca se dirigió a mi como Alfonso o, si lo hizo, la verdad no lo recuerdo.

No había mencionado que, aunque nunca me pidió que hiciera el aseo de las oficinas, yo siempre lo hacía, porque daba tristeza ver las cosas que había ahí siempre llenas de polvo, y la basura se había acumulado formando parte del paisaje interior. A mí me fastidiaba hacer eso, y siempre refunfuñaba cuando mi mamá me pedía que hiciera labores domésticas, aunque fueran de las más mínimas. Yo siempre

trataba de que estuviera mínimamente presentable el espacio y acomodaba las cajas y papeles que había de forma que yo consideraba habrían quedado en forma decorosa.

Se veía que don Luis contaba no los días, sino los segundos para la salida al palenque de Valle de Guadalupe. Me contagié y yo también me emocionaba al pensar que iba a ver por primera vez cantar a Vicente Fernández. Se platicaba mucho en el pueblo y yo sabía que iban a ir en más de diez vehículos con ese fin. La mayoría eran muchachas jóvenes que les interesaba ver al cantante, a muy pocos les interesaba apostar en los gallos. Era algo parecido a lo que hacía don Luis, cuidaba gallos, y solamente de manera forzada atendía las oficinas de telégrafos; así, la gente de Acatic iba a tararear desde su lugar lo que cantara el artista, lo de los gallos era requisito nada más.

—El viernes te quiero aquí tempranito y bien bañado —pero si el que no se limpiaba ni las orejas era él, yo pensé.

Tenía una camioneta chiquita marca Nissan que era más que suficiente para nosotros dos y las cajas con los gallos en la parte de atrás. Llegué esa tarde sin la bicicleta para no dejarla en la calle, y esperé en la esquina del Tajo hasta ver que apareciera. No quería por ningún motivo que se desesperara buscándome y viendo que no había llegado. En cuando apareció por la puerta de las oficinas, caminé a su encuentro.

—¿Listo, muchacho?

—Listo, don Luis, a la hora que quiera.

Acomodó con mucho cuidado cada una de las cajas, nos subimos y salimos la carretera hacia las fiestas de Valle de Guadalupe. Todo era risa y plática comedida, que la comida allá era buena, que había muchachas que eran más buenas que la zanahoria para la vista, que muchos se sentían muy seguros con sus gallos, pero que no le iban a ver ni el polvo. Que si quería me podía hasta tomar un tequila porque le daban una botella a cada partido con sus respectivos refrescos, y además nos íbamos a sentar en el mero redondel, en las primerísimas sillas porque éramos los representantes de

partido, y no cualquier partido sino del de Durango. Ahí me enteré de que el señor era originario de ese estado.

Íbamos en la carretera y me iba explicando cualquier cosa que se le ocurría, que en esa curva se había matado fulano, que el año pasado se le tronó una llanta y estaba lloviendo y no traía refacción, que el dueño del rancho fulano era tan avaro que estaba pensando en la forma de no dejarles herencia a sus hijos. Que Tepatitlán había empezado desde abajo porque su gente es muy trabajadora, desconfiada pero laboriosa. Que en Pegueros había ganado las cuatro peleas que le tocó jugar, que no le gustaba ir a los partidos de fútbol porque era una tarugada andar corriendo atrás de una pelota, que lo emocionante eran las peleas de gallos, y que no cualquiera era capaz de entrenar a los animalitos para que ganaran. Todo era risa y platicaba a gritos, íbamos con los vidrios abajo y había mucho ruido en la carretera, así que don Luis no desaprovechaba oportunidad para echarse sus risotadas y sus gritos.

Llegamos al lugar donde instalaron el palenque; le dio propina al muchacho que cuidaba los carros de la gente que iba a asistir al evento. A no ser las personas que venden comida, los corredores (así les dicen a los trabajadores del palenque) y los que cuidan la entrada, hubiéramos sido los primeros. Don Luis a todos saludaba y se aventaba unas fuertes carcajadas, parecía como si los conociera de toda la vida. Bajamos los gallos, los acomodamos donde nos dijeron, les pusieron listones a las cajas, anillos a los gallos y nos acomodamos como había dicho el señor, en la primerísima fila.

Yo nunca había estado en un lugar parecido y me lo había imaginado menos suntuoso, me llamó la atención la iluminación con cientos de focos, no los tenía ni todo el pueblo de Acatic. Luego fueron entrando las muchachas tal y como me había dicho don Luis, hermosísimas y con unos vestidos muy llamativos. Los jóvenes parecía que querían llamar su atención platicando a gritos como don Luis y diciendo una grosería por cada una de las otras palabras normales. Cogían sus vasos con vino y volteaban para obser-

var quiénes los miraban a ellos. Todos seguían la misma rutina. Con el ruido y con los gritos era imposible escuchar qué se decía a un lado. Se debía poner mucha atención para lograrlo. El tiempo se me fue haciendo corto porque todo era nuevo para mí. Pronto se fueron acomodando los representantes de todos los partidos, les llevaron a cada uno (como me había dicho don Luis) su botella de tequila con seis refrescos y un recipiente con hielo. Nunca había visto yo eso en Acatic, o, mejor dicho, no había ido al palenque en las fiestas del dos de febrero.

—Nos vamos a dar un buen agarre —le dijo don Luis al representante del partido Rancho Contento, que quedó a su lado.

Se lo dijo con unas risotadas totalmente desconocidas para mí en su persona. Luego alguien de enfrente le preguntó:

—¿Con quién te tocó la primera?

—No han hecho la rifa, pero yo bailo al son que me toquen, ya sabes, jajajaja.

Entonces, con el micrófono, invitaron a que los representantes de los partidos a que pasaran al centro del anillo para sacar su papelito de la primera rifa. Pasó don Luis, se saludaban y reían todos, se hacían bromas y volteaban para saber si eran observados por las muchachas que se iban acomodando. Más de uno de ellos le hacía la señal a alguien de que pasara a su lugar a tomar un trago, que él lo invitaba. Se hizo la rifa, pasaron cada quien a sus lugares, y ahora pidieron que llevaran a pesar sus gallos a los representantes de la primera pelea y que eran los partidos fulano y zutano. No me aprendí los nombres porque eran muchos y eso no era importante para mí. A don Luis le tocó en la sexta pelea, así es que se acomodó en su silla, se sirvió el primer y único tequila que consumió en toda la noche, me ofreció a mí, le puse muy poquito vino, le agregué hielo porque eso era una novedad para mí y lo llené de refresco. Empecé a ver que llegaba gente de Acatic, pero se sentaban en las graderías, lejos de donde estábamos nosotros. Tenía razón don Luis, éramos

los de delante de los de delante. Pronto se llenó el local. Había mucho ruido por las rifas de número que hacían, los gritos para las apuestas porque iniciaron las peleas pronto; como eran muchas, se organizaron para que fueran muy seguidas, porque de lo contrario a las seis de la mañana no habrían terminado.

—Y se les recuerda que a las doce de la noche contaremos con la presencia del charro mexicano, el artista del momento, el cantante favorito de Jalisco y de México, el grandote de Huentitán —decía el anunciador, y más de cincuenta muchachos ya borrachos por los tragos gritaban con cualquier pretexto y si no lo había, de todas maneras hacían mucho ruido. Se notaba que querían ser observados por las muchachas tan deleitables que pasaban de un lado a otro con el pretexto de buscar un buen lugar para tener la mejor vista a la hora del espectáculo musical.

Se ordenó cerrar las puertas como es tradición en esos menesteres, que ya no se hicieran apuestas y que se soltaran los gallos de la primera pelea, “de compromiso” dicen ellos. La gritería subió doscientos por ciento cuando se pelearon los primeros gallos, la euforia era inexplicable para alguien que viniera de fuera, pero totalmente normal para quienes frecuentaban esos ambientes. Desde ese momento y hasta que nos fuimos, don Luis platicó solamente con el Sapo; ese señor era su “soltador” favorito. El arte de pelear gallos no es para cualquiera, se debe tener mucha experiencia y, según don Luis, no había en el mundo un mejor soltador que el Sapo. Cuando íbamos en el camino de ida me había comentado que lo había visto en más de cinco ocasiones en que los contrincantes ya cantaban victoria porque el gallo que soltaba el Sapo estaba totalmente muerto, y que así le daba vuelta al resultado.

—Ha ganado muchas peleas con su gallo muerto —me había asegurado— le pega la cabeza atrás con su misma sangre, lo sienta bien en el suelo y los otros gallos, cansados pero vivos, al dar la orden el juez de que los suelten, bajan el pico, y al pegar en el suelo pierden. Muchas veces ha ganado así.

Empezó la primera pelea, soltaron los gallos desde el límite del anillo (así le dicen al muro de madera que ponen en redondel) los animalitos corren y pelean, pero como en esta ocasión traen puestas navajas muy grandes y afiladas (la primera vez en su vida, a menos que hayan ganado alguna pelea antes). Es común ver que después del primer encuentro quede muerto uno de ellos, aunque hay ocasiones en que están gravemente heridos y los posan en el suelo y no atinan sino a darse solamente de picotazos.

—Ganó el color verde —dijo el juez por micrófono. Siempre que terminaba una pelea el público gritaba sin freno, principalmente los jóvenes.

Hay un juez de mesa que es quien da los veredictos de las peleas, y otro de piso que supervisa lo que se tiene que hacer dentro de anillo entre los contendientes para que no haya ventajas entre unos y otros. Se cobraron las apuestas y se pagaba a quienes trajeran el “talón” de comprobante.

—La siguiente pelea de compromiso es entre el partido fulano y el zutano —avisaba el juez de mesa—; traigan a pesar sus gallos.

La rutina de pesar los gallos era para comprobar que estuvieran dentro de los límites acordados, porque uno más pesado tenía ventajas sobre los más livianos; entonces, era un trámite regular subir a pesar los gallos en presencia del público en una pequeña báscula que montaban sobre el propio redondel.

—Salieron bien los gallos —anunciaba el juez, y eso era motivo para que los jóvenes tomadores de tequila lanzaran gritos de batalla.

—¡Jua, Jua, Jua, Jua!

Luego la rutina: les ponían las navajas, los soltaban lo más alejado posible desde el inicio del redondel, y los gallos corrían al enfrentamiento. Pum, pum, pum, caía uno muerto.

—Ganó el color rojo —anunciaba el juez. O se era color verde o se era rojo y, para evitar confusiones, los mismos soltadores de gallos traían pegado en su pantalón un listón grueso con un alfiler.

Don Luis no dejaba de sonreír y voltear a todas partes, saludando y gritando mensajes que no se llegaban a entender, ni importaba. Lo relevante era que se sintiera su presencia y su buen humor. Fue la última noche que lo vi, y fue tan distinta a todas las ocasiones en que había convivido con él, que es muy difícil de olvidar.

—La tercera pelea de compromiso —dieron el aviso. Llevaban la contabilidad de ganadores y perdedores porque de esa bitácora dependía entregar el premio mayor a quien lo mereciera por sus resultados y para evitar cualquier discusión posterior.

Don Luis le tomaba lentamente a su primer y único tequila, levantaba el vaso y decía salud a quien lo volteara a ver. Él a nadie invitaba, como sí lo hacían varios de sus competidores, pero no desaprovechó oportunidad para dejarse ver y, sobre todo, no dejar de reír.

Pasó la tercera, la cuarta, la quinta, y se anunció la sexta:

—La sexta pelea de compromiso entre el partido de Durango y el Rancho Ojo de Agua.

—Esos somos nosotros —me dijo don Luis, se levantó, brincó las tablas del anillo, ya traía el gallo entre sus manos porque había ido por él cuando estaba terminando la pelea anterior. Ahí entró su entrañable y loadado amigo el Sapo para amarrar y soltar el gallo. Todo era motivo de alegría, y hacía un gran argüende por el más mínimo pretexto.

Volvió a su silla y le gritó al soldador:

—Échase mi Sapo.

El Sapo tomó el vuelo que supuestamente requería el gallo, dio dos pasos hacia atrás, luego soltó el gallo en forma diagonal. Sin conocer de esos trajinares, fácil era saber que no era necesario darle un empujón hacia un lado, pero seguramente eso lo hacía verse diferente a los otros, entonces lo hacía. Se encontraron los gallos, se dañaron, no murió ninguno en el primer encuentro, pero sangraban lastimosamente los dos. Luego, el juez anunció por micrófono:

—Tiempo.

Que significa que deben levantar cada soldador su gallo para revisarlo. Hacen un recuento de daños, revisan las navajas, que no se hayan mellado, porque cuando eso sucede tienen que cambiarlas. Con las palmas de las manos oprimen donde tienen las heridas para evitar en lo más posible que se desangren, les limpian la cabeza metiéndoselas a sus bocas y escupiendo los cuajarones a un lado (el anillo está cubierto de arena, ahí dejan la sangre, los escupitajos y las plumas que resultan de las peleas. Al más puro estilo de arenas romanas).

—¿Cómo lo ves? —le preguntó don Luis al Sapo.

—Trae heridas, pero la llevamos de gane, aquel lo dejamos muy mal.

—Tiempo —ordena nuevamente el juez. En esta ocasión significa que deben volver a soltar sus gallos. Ahora los sentaron en el piso porque los dos estaban muy dañados. Ahí estuvieron tristeando los animalitos con el pico muy abierto, buscando el oxígeno que les faltaba. Viendo cercana su muerte.

—Tiempo —anuncia nuevamente el juez. Levantaron sus gallos.

—Si la alargamos poquito, la tenemos en la bolsa —dijo el Sapo.

—Tiempo.

Soltaron nuevamente los gallos sentados en el piso. Ya no aguantó el sufrimiento el de don Luis, agachó la cabeza hasta el suelo y el juez cantó:

—Ganó el color verde.

La cara de don Luis se transformó por completo. Las arrugas que le cubrían la cara de pronto aparecieron como que se hubieran multiplicado. No dejó su chicle porque nunca lo hizo, pero en esta ocasión lo traía por fuera todo el tiempo, asido por una esquinita, no lo volvía a meter porque no había saliva.

—Nos bailó el canijo, lo traíamos más entero pero le faltó “cuida” —dijo el Sapo como transfiriéndole a don Luis la responsabilidad.

El éxito tiene muchos padres y el fracaso es huérfano. Todos quienes perdían, encontraban siempre un pretexto por banal que fuera:

—Si hubiéramos amarrado la navaja poquitito más arriba, la ganamos porque la ganamos. Si no hubiera ruido aquí, lo traeríamos bien asentadito, pero se asustó con esto que no está acostumbrado. El juez de piso me la tiene cantada desde aquella vez que gané todas. Traía todas las de ganar pero se despató mi gallo. Le cayó de peso lo que comió ayer, por eso los traigo siempre en ayunas.

Me sentí doblemente asustado, primero, porque no sabía qué platicar con él temiendo que descargara su enojo en alguien tan frágil en ese momento como yo; segundo, porque llegué a pensar que se iba a ir y me iba a dejar ahí a las tres de la mañana en un lugar que no conocía. Me quedé como si no existiera, nada más atento a que algo se le pudiera ofrecer para pronto cumplir su petición. Lo volteaba a ver de reojo y solamente cuando me aseguraba que no me voltearía a ver. Se quedó con la mirada clavada al centro del anillo, sin parpadear y parecía que ni siquiera respiraba. Cuando avisaron que seguía el partido de Durango con su segundo gallo de la pelea de compromiso, fui por él y lo traje corriendo. Ya sabía cuál era y qué peso representaba. Se lo entregué al Sapo y él se encargó de todo. Don Luis se levantó como automática a detener el animal para que le amarraran la navaja. Volvió a su asiento.

—¡Cierren las puertas señores!

—Suelten sus gallos.

Al primer encontronazo quedó muerto el gallo giro de don Luis. No hubo movimiento alguno, continuó con su hermetismo y su coraje reprimido. El Sapo entregó el animal dándose prisa solamente para desatar la navaja. Yo lo recibí y lo llevé junto al primero, a un lado de las cajas de los seis que quedaban vivos. Las luces, los gritos y todas las cosas que me habían llamado poderosamente la atención, ya no significaban nada para mí. Lo único a lo que estaba atento era a no descuidar los movimientos (si los hacía) de don Luis.

Dieron un descanso para dar lugar al espectáculo del cantante. La gran mayoría de los espectadores se veía extasiada, principalmente los jóvenes, quienes seguían con la misma actitud con que habían llamado mi atención: los varones gritando a manera de exponerse en forma llamativa a las muchachas. Ellas, haciendo un desfile de modas disimulado, caminando de un lugar a otro, saludando a sus amigas, volteando y ofreciendo sonrisas al macho Alfa de su predilección. Entró el artista, el exagerado ruido se multiplicó por tres, y cada vez que terminaba una canción, la respuesta del público era de muchos decibeles. A cada momento en que estaba frente al mariachi acomodado en semicírculo en el anillo, era interrumpido por una jovencita que entraba corriendo a entregarle una flor y a poner la mejilla para que le diera un beso. En circunstancias normales eso me hubiera gustado mucho, pero ahora yo tenía una pena casi de la magnitud de la que tenía don Luis. Terminó el espectáculo, se fue la mayoría de las muchachas, se quedaron los jóvenes más borrachos que un buscapiés de castillo, y siguieron las peleas. Ya era mero trámite traer el tercer gallo, que por cierto perdió al empezar la pelea. Se levantó don Luis, yo brinqué como resorte, caminé hacia donde estaban las cajas con los que no habían peleado, yo caminando medio paso atrás de él. Cogió un cartón en cada mano, yo hice lo mismo, en ese primer viaje llevábamos cuatro animales y tendríamos que regresar nada más por uno y no sé qué íbamos a hacer con los cuerpos de los tres muertos. Lo seguí, al dar los primeros pasos, ya habiendo salido a la calle, abrió la caja y lanzó el gallo con coraje, yo estupefacto seguí caminando tras él, unos veinte metros e hizo lo mismo con el segundo. Luego otros pasos y tomó uno de los que yo cargaba, abrió y lo arrojó con fuerza, antes de llegar a la camioneta sacó el último, este lo tomó del pescuezo y lo aventó hacia arriba. Juntó las cuatro cajas y las lanzó a la parte trasera de la pequeña camioneta. Regresó al palenque, cogió el único recipiente que contenía gallo, yo iba a tomar de una pata cada uno de los gallos muertos y me dijo

que no con la cabeza, pero con un movimiento que apenas alcancé a percibir porque no debió haberla movido cinco centímetros. Lo entendí perfectamente, entonces tomé los tres cartones vacíos y me fui caminando tras él como en la primera ocasión. Al salir, de nuevo abrió la caja y arrojó impetuosamente el contenido a media calle. Llegamos al vehículo, aventó los cartones que llevábamos y subió; ahí pude tener un pequeño respiro, porque me abrió el seguro de la puerta del copiloto, subí y deseaba llegar muy pronto para que no se presentara la más mínima oportunidad de tener que entablar una charla porque la muina que tenía don Luis yo nunca la había visto y ni siquiera sospechado. Se me hizo muy largo el camino de regreso hasta Acatic, no quería ni respirar, si fuera posible desaparecer lo hubiera hecho, pero mi preocupación era llegar al pueblo, porque eran altas horas de la noche y yo no sabía cómo regresar.

Llegamos directamente al local del telégrafo; no se bajó, me dio las llaves con la mano derecha, sin voltear a verme, y me dijo:

—Mañana sacas todos los gallos y los tiras en el arroyo, que no quede ninguno. Mandas telegramas si hay clientes, y entregas los que manden.

Me bajé de la camioneta y se fue. Nunca volvió, yo pensé que dos días bastarían para que regresara y empezara a hacer lo mismo de siempre. Lo de los gallos lo hice tal como me lo ordenó. Antes de la hora de abrir el servicio del telégrafo, llegué con mi bicicleta y amarré tres cajas con gallos en la parrilla y llevaba una más en cada mano. Eran muchos gallos, pero en lo que puse especial atención fue en irlos sacando espaciados porque si los liberaba juntos, se pelearían. Entonces, abría una caja y bajaba con mucho cuidado cada uno (ni por asomo los iba a maltratar como lo hizo don Luis). Caminaba otros cincuenta metros rumbo al zanjón y soltaba el siguiente, así hasta que desocupaba todas las cajas y luego regresaba. Hice dos viajes antes de abrir las oficinas a las nueve de la mañana, que era el horario acostumbrado. Luego a las dos de la tarde, otros dos viajes o

los que alcanzara a hacer antes de volver a abrir a las cuatro. Después de cerrar hacía el último viaje, fueron solamente dos días; no recuerdo la cantidad de gallos pero lo que sí tengo muy presente es que siempre que iba a liberar uno, me fijaba que no estuviera otro que haya soltado antes porque se pelearían, pero confío en que pronto encontraron nuevo dueño o por lo menos un lugar dónde rascar y sacar lombrices para alimentarse.

El tercer día volvió todo a la normalidad, si así se pudiera decir, porque lo único que cambió fue la presencia de don Luis y los cánticos de los gallos. Bueno, hubo otra diferencia: recordé que también tenía que dar de comer a los pájaros enjaulados. Me pregunté: “¿Darles de comer, no sería mejor abrir la jaula? Si saqué a los gallos, ¿no merecían más los pájaros obtener su libertad?”. Cuando regresé del primer viaje hacia el zanjón decidí abrir la jaula. Cuando regresara don Luis (cosa que no sucedió) y me preguntara:

—¿Qué pasó con los pájaros?

—No sé, cuando llegué estaba abierta la puerta y vacía la jaula.

Yo trataba siempre de hacer las cosas y que no se notaran los cambios. Abría a las horas, cerraba en el tiempo estipulado, llevaba telegramas cuando recibía alguno, y escribía los que habrían de salir. Lo único que procuré era que no me vieran los clientes cuando yo los escribía. Lo hacía no tanto porque me diera pena, sino para evitar preguntas incómodas. Muchas personas de Acatic habían ido a ver a Vicente Fernández y me podrían preguntar algo.

Debo mencionar que había adquirido una buena práctica en la lectura y la escritura de telegramas; nunca dejé de practicar como me había pedido don Luis, y que consistía en ir “telegrafinando” los números de las placas de los carros, los nombres de las calles, los letreros de los negocios o los anuncios de los calendarios que había en todos los tendejones. Todo el tiempo que trabajé solo no se notó la ausencia de don Luis y, como no era muy amigable con la clientela, nadie lo extrañaba.



## EL ASUNTO JURÍDICO

Siempre me preocupaba porque estuviera lo mejor presentable la oficina, limpia, barrida, trapeada y los muebles sin polvo. A lo único que no echaba mano era al escritorio de don Luis, porque había notado que le molestaba que le moviera algún papel aunque fuera por unos centímetros. Ahí había quedado una pequeña lámina de la parte de arriba de una lata de sardinas que en algún momento había abierto el jefe. Ni eso moví, para evitar molestarlo en lo más mínimo. Ahí andaba un pájaro siempre picoteando. Cuando no había trabajo por hacer, que era lo más común durante todo el día, me sentaba yo a tristear en una enorme silla que había para el descanso. No había muebles para la clientela, porque cuando alguien requería los servicios entraba y tardaba solamente lo que se necesitaba para escribir diez palabras. Era el mínimo en los cobros, entonces, todos los clientes buscaban cómo utilizar

solamente esa cantidad para no tener que desembolsar más. Es muy común todavía escuchar que alguien diga:

—Su carta parecía telegrama, como si le cobraran por palabra.

Entonces, la gran mayoría de los mensajes (dependiendo del asunto) era algo más o menos así: “Deséote mucha felicidad cumpleaños, esperamos verte pronto, todos acá bien”, aunque no existe la palabra “deséote” lo hacían para sustituir dos: “te deseo”. O también: “Murió tía Clara, rogámoste tomar primer autobús, alcances llegar misa”.

Yo durante la mayor parte de la jornada, arrellanado en el sillón, en ocasiones me dormía. Lo único que rompía la rutina eran los picotazos del pájaro. Era un cenzontle de color gris con ojos amarillos. Me gustan los pájaros y disfrutaba mucho su compañía; cuando estaban enjaulados yo sentía remordimiento, pero no podía hacer nada. La única cosa favorable de la ausencia de don Luis lo fue sin duda que pude abrir la puerta de la jaula sin ningún temor a que me llamara la atención. Había dejado los periódicos dentro como lo hacía cuando se los cambiaba a diario para que ellos también tuvieran limpieza como la oficina. El hecho de haberlos dejado dentro era, según yo, a manera de defensa en el supuesto caso de que me preguntara qué había pasado.

—No sé don Luis, no me había fijado —le pensaba contestar.

Siempre que lo recordaba, practicaba mi clave Morse con la mano sobre mi pierna. Ahí tenía el aparato que me había prestado don Luis para ir aprendiendo, pero la silla estaba más que cómoda y ahí practicaba imaginándome yo los sonidos.

Una mañana empezó a sonar el aparato, estaban mandando un servicio; era para las oficinas de la presidencia municipal, informaban sobre la realización de una junta con ganaderos, que deberían asistir por lo menos cincuenta, que era urgente porque después de esa reunión iba a acudir el gobernador para entregar algunos apoyos con fines de atacar los males de las garrapatas. Tomé nota, lo escribí en el papel

oficial, lo sellé y cerré el sobre para entregarlo en su destino. Cerré la oficina porque no podía estar abierta y sola; eso me llevaría a lo sumo cinco minutos de ida y vuelta en la bicicleta, y porque era de un tipo de servicio del que se podía entregar a quien estuviera. No me iba a recibir el presidente municipal, que nunca estaba, por cierto, y se lo dejé a Rebequita, la sempiterna secretaria. Regresé y me acomodé en mi sillón favorito. Empecé a deletrear:

—Sufragio efectivo, no reelección —otra vez—: sufragio efectivo, no reelección.

Estaba abstraído cuando, de pronto, sentí algo raro, muy raro; nunca había tenido esa sensación. Me empezó a brincar el corazón y creí que se me iba a salir. Fue de emoción, no era de susto, fue muy grato, pero no lo podía entender. Me paré de un salto y le puse atención al cenzontle; estaba picoteando como siempre la lámina de la tapadera de las sardinas, pero estaba escribiendo en código Morse. Lo hacía desde el día en que abrí la puerta de la jaula y, aunque siempre estaba practicando y deletreando palabras y números, nunca había puesto atención a que los picotazos del ave eran mensajes. Me quedé estupefacto unos minutos, no sabía qué hacer. Entonces, me senté en el lugar donde practicaba con un equipo sustituto y le escribí al cenzontle:

—Jaula.

Me contestó:

—Muchas jaulas.

No había la menor duda, no me había equivocado. Lamenté no haberle puesto atención desde la primera vez que estaba tratando de decirme algo, pero, como nada de eso pasaba por mis mientes, nunca le di la importancia que merecía.

—Muchas casas –escribí yo.

—Hacemos casas con marañas que levantamos del suelo. Ustedes hacen jaulas.

Con su respuesta quedé más atónito que cuando entendí su mensaje por primera ocasión. No sabía qué responder. Cuando decidí decirle:

—Muchos no somos malos.

—Nosotros todos somos buenos.

En ese momento entró una persona a pedir información y salió volando mi nuevo amigo. Esperé hasta la hora de cerrar pero no regresó. Me fui a casa muy pensativo. No podía dormir con una sensación tan hermosa como nunca la había tenido. Pensaba y pensaba toda la noche qué le iba a escribir el día de mañana. Fue una de las noches más hermosas de mi existencia, solamente comparadas con los acontecimientos que se desencadenaron días después y que cambiaron para siempre mi vida. Casi todos, a excepción del asunto jurídico en el que me vi envuelto pero en el que entré por mi propia e inocente voluntad.

Abrí la oficina al siguiente día más temprano de lo habitual por la novedad que me asaltaba y que me traía como cuando besé por primera vez a mi novia. Era una de las sensaciones más gratificantes que le otorga a uno la vida. Acomodé las cosas, limpié la oficina y entró volando mi nuevo amigo; sentí gran felicidad, los ojos se me llenaron de lágrimas de tanta alegría. Le escribí los planes que me había formulado y que les había dado vuelta durante toda la noche:

—Voy a ir a Tepa para contratar un abogado que me consiga un permiso para que obliguen a todas las personas de Acatic que tengan jaulas, para que las abran.

—¿Cómo es eso?

—Hay leyes y todos estamos obligados a cumplirlas.

—¿Algunos de ustedes van a obligar a otros a abrir las jaulas?

—Claro, los van a hacer cumplir las leyes.

—¿Dónde es Tepa?

No sabía cómo explicarle, nuestro mundo es diferente al de ellos. Entonces le dije que al mediodía, cuando cerrara las oficinas, iba a ir a mi casa e iba a traer un mapa para explicarle dónde estaba Tepa y cómo iba a hacer para ir al día siguiente. No hubo clientes esa mañana y tuvimos tiempo para escribir muchas cosas que quería saber de nosotros.

- ¿Por qué matan a los gallos?
- Es una especie de deporte, los entrenan para ser más agresivos y ganar dinero con las peleas.
- ¿Las guerras son deportes?
- No, las guerras las hacen las personas que tienen intereses perversos.
- Matar los gallos son intereses perversos.
- En cierta manera sí.
- De la manera más absoluta.
- Sí, lo que quise decir es que en cierta manera hay personas que hacen jaulas en lugar de casas.
- Ustedes contaminan haciendo casas y produciendo alimentos.
- Pues sí, hay muchas formas de “hacer jaulas”. Por eso, voy a contratar un abogado para que obliguen a quienes tienen jaulas a que las abran.

Escribir letra por letra y esperar la respuesta es un proceso muy lento, pero tiempo era lo que me sobraba, además de lo exageradamente gratificante que representaba para mí comunicarme con un cenizote. Esa charla nos llevó toda la mañana, y cuando fui a casa a comer busqué el mapa que le había comentado y regresé por la tarde un poco antes de la hora de abrir. Como era de esperarse, ya estaba ahí mi amigo, había entrado por la ventana que daba al patio. Desdoblé el documento, lo puse sobre el escritorio y le expliqué cómo funcionaba eso de transmitir una idea en forma gráfica. Le dije:

—Este cuadro de color azul representa el Tajo, esto que está enfrente con agua. Este otro cuadro representa la oficina del telégrafo donde estamos nosotros. Esto que está aquí es la plaza con su quiosco y este que está enfrente es el templo, ¿los ubicas todos? El templo es la construcción más elevada de todas las que hay en el pueblo. ¿Ves esta parte que tiene muchos árboles? Es la gigantera del barrio de Abajo —me pidió que ubicara de nuevo los espacios que le había explicado— Este es el Tajo y hacia la dirección contraria —le iba señalando con el dedo— está el templo.

Me dijo haber entendido, y entonces le expliqué hacia dónde se ubicaba Tepa:

—Este es el camino que lleva al crucero de la carretera de Guadalajara a Tepa. Llegando ahí se gira hacia la izquierda. Lo importante es que tengas idea de las proporciones: si el templo está aquí, el crucero está acá, pero la distancia es mucho mayor. En autobús se llega en veinte minutos a donde hay que dar vuelta, luego, de ahí a Tepa son otros cuarenta minutos. Tú, volando, llegas en quince minutos.

—¿Dónde está Aguascalientes? —me preguntó.

—En este mapa no te puedo explicar, pero pasado mañana voy a pedir en préstamo un mapa en la biblioteca de la escuela y te lo puedo mostrar. Le expliqué que al siguiente día iba a ir a Tepa y no abriría por la mañana, que lo esperaba por la tarde. Yo añoraba esas reuniones más que cualquier otra cosa y lamentaba mi ausencia, pero me confortaba saber que lo hacía por una excelente causa, porque muy pronto se abrirían todas las jaulas a través de mi colaboración.

—Voy a ir volando por donde vaya el camión para saber dónde es Tepa —me escribió.

—Muy bien —le contesté en nuestro sistema de comunicación— el lugar a donde voy está en la plaza y hay muchos árboles, ahí puedes estar mientras expongo mi asunto.

Quedamos de acuerdo, cerré las oficinas y fui a mi casa. Al día siguiente, antes de subir al camión que me llevaría a Tepa, puse un letrero en la puerta de las oficinas del telégrafo diciendo que por la mañana no habría servicio. Estaba seguro de que nadie acudiría, pero no quería crear ninguna molestia. Pagué mi boleto, tomé asiento y frecuentemente me asomaba para buscar si podía ver al cenizote. El autobús tenía como última parada un lugar a una cuadra de la plaza, así es que no era necesario caminar mucho. Bajé, busqué a mi amigo y lo vi volando en círculos y siguiendo mi camino. Llegué al lugar que recordaba había leído un letrero que decía “bufete jurídico” y entré; mi amigo se posó en un enorme árbol de los conocidos como tule. Subí las escaleras porque

las oficinas estaban en la planta alta; al entrar escuché mucho bullicio dentro de uno de los cuartos, pero fuera estaba solamente un escritorio con papeles desacomodados y una vieja máquina de escribir igual a las que había en todas las oficinas de gobierno: negra y de marca Remington, de esas que hacían mucho ruido al escribir. Esperé unos minutos a ver si alguien salía a atender y, al no aparecer nadie, toqué con una moneda sobre el escritorio, igual que hacíamos para llamar al tendero cuando íbamos a comprar algo en la esquina. Salió una mujer que, a mi gusto, daba mal aspecto, estaba muy pintada de la cara, los cabellos largos sin arreglar y masticaba ostentosamente un chicle como hacía don Luis, pero con la diferencia de que en lugar de sacarlo y dejarlo en la comisura de los labios, la señora lo hacía tronar con gran estrépito: rítmicamente con una frecuencia de aproximadamente diez masticadas en silencio y luego tres con ruido ¡pas, pas, pas! Traía zapatos de tacón, un vestido corto y unas medias de color negro todas descubiertas porque no alcanzaban a llegar donde empezaban las faldas.

—Buenos días ¿qué se le ofrece? —me preguntó.

—Quisiera hablar con un abogado para exponerle un caso.

—¿Cuál es su nombre?

—Alfonso.

—Por favor anóteme en este papel su nombre y apellidos —lo hice y regresó al cuarto de donde provenían los gritos, no murmullos, sino gritos y carcajadas abiertas. Además olía mucho a alcohol. Unos minutos más y salió un señor con el pelo relamido, un bigotillo como el de Cantinflas, traía un saco a cuadros que se veía hacía mucho habían pasado sus mejores tiempos, y una corbata negra con manchas.

—Dígame qué se le ofrece.

Se sentó donde la señora me había pedido que anotara mis datos en un papel. Tenía los dientes y los dedos de la mano derecha manchados por el cigarro y sus zapatos eran, para mi gusto, inapropiados para un abogado. Con mis pala-

bras y no sin gran esfuerzo, le expliqué cuál era mi situación y qué buscaba con el apoyo de un abogado.

—Entiendo —me contestaba en intervalos de cinco minutos según mi apreciación.

No atinaba a interpretar qué pensaba de mi exposición, porque solamente fruncía la boca y el ceño. De vez en cuando levantaba una ceja, pero, de palabras, solamente “entiendo”. Tenía una lapicera que se cambiaba entre los dedos como haciendo un juego. Nunca escribió palabra alguna. Al final me dijo:

—Voy a elaborar un proyecto y necesito que venga la próxima semana a estas horas.

—Muy bien, ¿y de mi parte qué se necesita?

—Traer doscientos pesos. —“¿Doscientos pesos? Mi sueldo de diez semanas”, pensé.

—¿Con eso podemos lograr que se obligue a todas las personas de mi pueblo que tengan jaulas a que liberen los pájaros?

—Nadie puede estar sobre la ley.

Esa fue la única frase que me logró convencer, de todo lo demás, nada. Salí complacido de mi entrevista, que al principio me había dado mala espina. Hice la señal a mi amigo de que iba a ir al mercado. Las tortas y los chocomiles son muy ricos, era necesario ir a dos puestos, pero había tiempo de sobra, porque faltaba más de media hora para la salida del autobús para Acatic. Salí y fui directo al camión habiéndome percatado de que mi amigo estaba enterado. Regresamos al pueblo y alcancé a ir un momento antes de la hora de cerrar, entonces aproveché para enterarme de que no se había presentado ninguna novedad. Le expliqué a mi amigo que había buenas noticias.

—Acordamos el pago para que el abogado haga todo lo necesario para liberar las aves —comentamos algunos pormenores de lo sucedido en el día y nos pusimos de acuerdo para regresar a las cuatro como de costumbre y seguir platicando utilizando nuestro sistema.

Por la tarde, cuando abrí, había una ululación enorme, mi amigo llegó con una parvada de unos diez compañeros, entraban y salían haciendo mucho ruido con sus siseos. Todo era alegría. Escribimos ante el asombro “eso pienso” de sus colegas. Nos despedimos a las seis de la tarde como los días anteriores, y mi enorme asombro no había disminuido desde el día en que me puse en contacto con el ceniztle. Alcancé a ir a la biblioteca de la escuela y conseguí el mapa donde aparecía Aguascalientes como habíamos convenido. Al siguiente día al momento de abrir desdoblé y acomodé el documento para mostrárselo a mi amigo; no habían pasado ni cinco minutos cuando apareció. Le mostré y le dije:

—Este es Aguascalientes, para que tengas mejor idea; este es Tepa, donde fuimos ayer —había sacado una regla del escritorio de don Luis y le expliqué—: mira, esta es la proporción para ir a Tepa, entonces, para llegar hasta Aguascalientes, representa seis veces más en línea recta. ¿Por qué querías saber dónde estaba esta ciudad?

—Porque ahí está una señora “encantadora de pájaros”.

—¿Encantadora de pájaros?

—Sí, así decía un periódico de los que nos ponías en la jaula.

—No entiendo.

—Sí, decía que en el circo Atayde tenían como un espectáculo especial la presentación de la señora Coba, la encantadora de pájaros.

—Se escucha interesante, ¿quieres que vayamos un día?

—Ese sería el día más feliz de mi vida —me contestó.

—Muy bien, pues planearemos un viaje después de la liberación de los que están enjaulados aquí.

—Búscala primero tú, porque ella no me entendería.

Estuvimos planeando lo que íbamos a hacer cuando lográbamos que se abrieran las jaulas y liberaran todas las aves. El ceniztle era muy escéptico y me había asegurado en una ocasión:

—No hay ley que obligue a abrir las puertas del corazón.

Pero yo no estaba de acuerdo con su forma de pensar, estaba seguro de que de la próxima visita con el abogado traería las llaves para abrir todas las jaulas. Faltaba poco para desengañarnos. El día acordado volví a poner un letrero en las oficinas del telégrafo esperando que no fuera nadie a necesitar de los servicios. Fui temprano a las oficinas, coloqué el anuncio y fui a tomar el camión. Hicimos el mismo trámite, el cenizote iba volando por fuera hasta la última parada del autobús; bajé, él se instaló en el enorme árbol frente a la presidencia, y yo me apersoné en las oficinas del abogado como habíamos acordado. De manera similar a la ocasión anterior, se escuchaban carcajadas dentro de un cuarto que se encontraba cerrado, olía muy fuerte a alcohol, y fue necesario que tocara con una moneda sobre el escritorio como lo había hecho la semana anterior. Salió la secretaria con su infaltable chicle y sus tres estruendos por cada diez masticadas en silencio; traía una falda diferente, pero del mismo tamaño que no alcanzaba a llegar hasta donde empezaban las medias, sus zapatos de tacón alto, su pelo desaliñado y su pintura exagerada en labios, ojos y mejillas.

—¿Qué se le ofrece?

—Tengo cita con el licenciado, me pidió que viniera hoy porque me tendría preparado un proyecto.

—Un momento.

Salió el licenciado, me saludó, se sentó en el mismo lugar y llamó a la secretaria:

—Abigail, por favor hágame un recibo a nombre del señor Alfonso con fecha de hoy y por la cantidad de doscientos pesos. El joven le va a dar sus datos.

—Sí, licenciado.

El señor dejó el lugar para que la señorita Abigail escribiera el recibo; me pidió algunos datos y entregué la cantidad acordada. Se levantó la secretaria y se dirigió a salón de las risas y el alcohol.

—Aquí tengo el proyecto —me dijo.

Sacó una hoja tamaño doble carta; nunca había visto una igual, ni sabía que existían, seguramente eran las apro-

piadas para los proyectos jurídicos. La extendió sobre el escritorio y pude notar que tenía escritos cinco garabatos distribuidos en todo el papel, como si fueran átomos de gas: ocupaban todo el espacio del papel. No se entendía lo que decían y yo estaba a una distancia muy corta para haberlas podido leer aun cuando estaban al revés.

—Es un caso típico de fauna nacional —me dijo. Ahora no fruncía ni los labios ni el ceño, solamente levantaba la ceja—, pero no podemos dejar de hacer mención a la flora porque si no en la última instancia “nos dan palo” —hizo énfasis en su argot jurídico—. En los últimos tres años no he perdido ningún caso, pero no quiero perder el primero por tratar de saltarme un escalón.

Me explicaba y analizaba su “proyecto”.

—Tenemos que contemplar todas las posibilidades para no dejar ningún hueco ¿has escuchado el proverbio que dice “el hilo se rompe por lo más delgado”? —me preguntó.

—Sí, claro —le contesté.

—Tengo vislumbradas absolutamente todas las posibilidades. Inclusive, en caso de que nos hicieran alguna “mexicanada”, tengo “palancas” en el Juzgado Segundo de lo Contencioso Administrativo.

Dicho esto, le gritó a la secretaria:

—Señorita Abigail —no lo podía escuchar— Señorita Abigail —gritó más fuerte.

—Dígame, licenciado —salió del salón de los ruidos.

—¿El licenciado Ontiveros tiene contactos en el Juzgado Segundo de lo Contencioso Administrativo?

—Permítame, por favor.

Regresó al cuarto del alcohol y en cinco segundos regresó:

—Sí, licenciado, es compadre del Secretario de Acuerdos desde hace cuatro años.

—¿Lo ve? —me dijo—. Tenemos bien medido el campo.

Luego se concentraba otra vez en su proyecto —“mi proyecto”, pensé; “yo lo pagué y muy bien cotizado”— supo-

niendo que por alguna instrucción de “arriba” nos dieran un laudo negativo, tenemos buenas palancas en México para “ponerles un hasta aquí” en segunda instancia.

—Señorita Abigail —luego más fuerte—: señorita Abigail.

—Dígame, licenciado.

—¿Tenemos contactos en México en la segunda instancia si apelamos un juicio de la flora y la fauna nacional?

—Permítame, por favor.

Entra al cuarto y sale inmediatamente:

—El licenciado Ontiveros fue compañero de banca del juez que resuelve todo lo de segunda instancia de lo criminal.

—De la flora y de la fauna nacional —la corrigió el licenciado.

—Sí, también de eso.

Ya me había dado cuenta del fraude que significaba el famoso proyecto y me quedé solamente unos minutos para descubrirles su mala actuación y para evitar una chamusquina, porque yo llevaba todas las de perder. Para yo salir decorosamente solamente pregunté:

—¿Cuándo empiezan a dar las órdenes para que las personas que tengan jaulas en Acatic las abran?

—Los tiempos jurídicos son un poco lentos; desgraciadamente así es en nuestro país. Nosotros vamos a hacer todo lo posible por darle celeridad y contundencia a todos los escritos que presentemos, pero va a ser necesario hacer varias visitas a la ciudad de México, porque lamentablemente allá se concentra todo lo federal de nuestra normatividad. Vamos a tener que “agilizar” los trámites —y me hacía una señal de dinero con las manos para que yo entendiera lo que eso significaba—, pero una cosa sí le digo: tenemos todos los contactos para no dejar adormecer los trámites y sacarlos en tiempo y forma. Claro, de la forma nos encargamos nosotros, le repito que no he perdido ningún caso en los últimos cinco años —me había dicho antes que tres—, pero del tiempo, ese sí, no podemos soslayarlos, porque nos

“dan palo” —me restregó de nuevo su bagaje jurídico de cantina de pueblo.

—Bueno —le dije—, entonces yo regreso pronto para conocer el avance del proyecto.

—No, el proyecto está totalmente terminado y bien fundamentado —sí, yo lo podía ver perfectamente frente a él con sus cinco garabatos—, lo que ahora hace falta son recursos para ir armando la litis ante las autoridades correspondientes.

—Muy bien —le dije— yo voy a juntar los dineros correspondientes para que no nos “den palo” —le contesté ya molesto y levantándome de la silla para evitar quedarme otros minutos con esa tortura.

—Le voy a decir aquí en confianza que dos de mis maestros más prestigiados perdieron casos como este por no haberse percatado de que habían sentado jurisprudencia. Pero yo traigo todos los hilos en la mano, tanto de personas, de leyes como de procedimientos. Lo que se necesita ahora es un poco de recursos para hacer una revisión exhaustiva de la documentación en Palacio Federal para que ningún magistrado le ponga ningún tache a nuestro trámite.

—De acuerdo, gracias, regreso pronto para traer el dinero de la jurisprudencia.

—Eso se necesitaría si nos “dieran palo” en la segunda instancia.

—Entendido, muchas gracias —me salí casi corriendo porque otra opción sería entrar a tomar alcohol en el cuarto donde Abigail consultaba sobre todos los contactos que tenían los licenciados.

Salí al borde del llanto por haber sido tan inocente y por haber fallado ante mi amigo, por haberle hecho pensar, “porque yo así lo creía”, que a través de un medio legal podríamos liberar todas las aves enjauladas. Seguramente el tiempo que estuve “discutiendo” el “proyecto” fue mucho, porque ahora no alcancé a ir al mercado. Caminé directamente hasta el camión para no perderlo. Busqué a mi amigo y lo localicé pronto. Regresamos hasta donde hace la última parada y

fui casi corriendo a las oficinas del telégrafo. Le expliqué a mi amigo de mi infortunio, de mi mala decisión y me sentí el más tonto del mundo, ¿cómo pude haber caído en una de las tramas más absurdas que se puede alguien imaginar?

## LA SALIDA A AGUASCALIENTES

Por la tarde nos reunimos para intercambiar opiniones, le describí de manera pormenorizada todo lo que viví en mi entrevista jurídica. Lamenté mucho haberlo defraudado, porque yo estaba completamente seguro de haber encontrado la solución para abrir las jaulas. Le expliqué que las personas en las que había confiado tenían una actitud totalmente contraria de hacer llaves, más bien estaban preparados para construir prisiones. Me sentía cansado, y creo que eso era una secuela de mi tristeza. Pero la ayuda de mi amigo fue fundamental, se concentró en explicarme la relevancia de conocer a la señora Coba, del circo Atayde. Estuve de acuerdo y analizamos las diferentes posibilidades.

Yo podría ir y presentarme pero no sabía qué iba a proponer, era necesario tener muy claro eso. Se me hacía complicado explicarle que un cenizontle y yo teníamos planeado abrir jaulas de pájaros en mi pueblo. Además, la información que había leído mi amigo en el

periódico era muy vaga “La señora Coba, encantadora de pájaros”. ¿Qué significaba con eso de encantar pájaros, o para qué nos servía saber eso y vincularlo a nuestro propósito? Conseguir una entrevista no sería nada fácil.

—Yo voy y me presento —me sugirió el ceniztle.

—Me parece más difícil, porque, ¿cómo se iniciaría la comunicación entre ustedes dos? —le pregunté.

—¿Y si vamos los dos? —agregó.

Después de discutir nuestras posibilidades, le propuse que le mandáramos un telegrama pidiéndole una entrevista; si accedía, ya sería más fácil exponerle algo en concreto, porque aparecer así, nada más porque sí, me parecía muy complicado. Mi amigo aprobó la propuesta y fuimos armando el galimatías. Primero, me pondría en contacto con el responsable de la oficina de telégrafos de Aguascalientes para explicarle que mi deseo era enviarle un telegrama a la señora Coba a las instalaciones del circo Atayde, que no sabía el domicilio, pero que era práctica común que se instalaran en predios municipales, y seguramente él habría tenido noticias, porque es costumbre que los circos hagan promoción voceando y repartiendo volantes por las calles de las localidades donde se instalan. Deliberadamente le iba a poner a Coba el apellido Atayde, porque no conocía el original y era una condición necesaria escribir el apellido del destinatario. Parecía todo complicado, pero fue tomando forma porque tuvimos buena respuesta y apoyo del telegrafista de Aguascalientes.

—Claro, están en las instalaciones de la Feria de San Marcos, muy cercanas de esta oficina —me dijo en contestación a mi pregunta mediante código Morse.

—Una persona quiere enviarle un mensaje a la señora y dice que es urgente —le expliqué.

—Yo mismo lo llevo y lo entrego. Te mando un mensaje cuando lo haya recibido —me confirmó.

Después de varios proyectos (estos sí proyectos, no como el del abogado), enviamos las diez palabras que se habían convertido en norma (“había sentado jurisprudencia”):

Señora Coba pídele encarecidamente entrevista asunto alta importancia para aves.

Enviamos el documento y confiamos en las palabras del telegrafista del otro lado del cable. Esperamos poco más de dos horas cuando nos contestó diciéndonos que lo había recibido y que había redactado una respuesta. Nos llenó de júbilo la noticia y esperamos que nos deletreara la respuesta:

Con gusto recíbole preferentemente domingos después cuatro de la tarde.

Elaboramos una respuesta rápida y concluimos que lo ideal era que yo fuera el siguiente fin de semana. Aguascalientes no es una ciudad muy lejana, pero no hay muchas corridas de autobuses, entonces yo tenía que planear muy bien lo que tenía que hacer para no quedar mal en la pactada cita. Escribimos el siguiente telegrama y le pedimos a nuestro mecenas si podría entregar rápido el segundo comunicado. Nos dijo que sí, entonces nos apresuramos la elaboración del escrito:

Agradézcole mucho atención suplícole recíbame próximo domingo por la tarde.

Lo enviamos y estuvimos expectantes por treinta largos minutos. “Dice que sí”, nos escribió el colega. Ya la respuesta escrita la leímos como mero trámite, pero a decir verdad, con mucho gozo:

Estaré complacida recibirlo próximo domingo y conocer información relativa aves.

Hice mi maleta con un cambio de ropa porque podría ir temprano, pero seguramente mi regreso sería ya tarde y tendría que hospedarme una noche en Tepa. El lunes podría regresarme muy temprano y estar a tiempo a las horas de abrir la oficina. Así lo hice. El domingo al amanecer me trasladé a Tepa y compré un boleto en las instalaciones que estaban alrededor de la plaza. De ahí era posible salir a la ciudad de México o a cualquier ciudad del norte del país haciendo alguna escala. El autobús salió poco antes de las diez de la mañana y llegué a mi destino a las dos de la tarde; tomé el camión de circuito que me recomendaron en el área

de información de la central camionera, y antes de las tres de la tarde ya estaba frente a las instalaciones del circo. En el entorno había muchos puestos de ventas de artesanías y de alimentos. Me llamó la atención uno que vendía tacos dorados y los acompañé con un enorme vaso de agua de Jamaica; para rematar, compré dos buñuelos en otro puesto y me senté en una banca bajo un árbol esperando que se hicieran las cuatro de la tarde. Faltaban diez minutos cuando caminé hasta la entrada de las instalaciones del circo, pregunté por la señora Coba y me mandaron a una oficina de una casa rodante. Ella estaba fuera, ya no fue necesario preguntar más, estaba sentada frente a una mesa redonda grande. Había cinco o seis grandes loros que caminaban sobre la mesa y en alguna ocasión subían por su brazo hasta el hombro.

—Buenas tardes —le dije—, yo soy la persona que le mandó el telegrama pidiendo una entrevista.

—Buenas tardes, lo estaba esperando, siéntese por favor —me contestó.

Era una señora de edad avanzada, con una enorme cabellera con muchas canas; llevaba una pañoleta rosa que le cubría parte de la cabeza pero dejaba salir la mayor parte del pelo ensortijado. Tenía unos ojos pequeños azules profundos y vivaces, sus manos blancas estaban llenas de pecas (decía mi abuela que eran florecitas del panteón). Sus párpados caídos daban la apariencia de cargar con añejas tristezas, pero cuando la conocí y supe de su vitalidad constaté que esa era una falsa fachada. Me costó trabajo empezar la explicación del “asunto alta importancia para aves”, pero poco a poco fui tomando confianza, porque la señora sabía escuchar, “una característica que muy pocos saben cultivar”.

—Yo trabajo como empleado en las oficinas del telégrafo en mi pueblo. El señor que era el responsable tuvo un problema de dinero (pensé exponerlo de esa manera para no meterme en los difíciles vericuetos de las apuestas de las peleas de gallos) y se ha ausentado los últimos días de

trabajo. Yo aprendí a escribir y leer los comunicados en clave Morse para enviar telegramas...

Y así, fui explicando todo lo que me había sucedido, que abrí la jaula de los pájaros porque el señor no les daba de comer y, si bien yo les limpiaba, creí prudente abrir la jaula, y me había preparado para explicarle que así la había encontrado una mañana. Y cuando le comenté que el cen-zontle estaba tratando de decirme algo en clave Morse, me puso mucha atención y eso me motivó a sentirme más en confianza y poder platicar sin guardarme nada del motivo de mi visita.

—¿Cómo se llama el cen-zontle, cuándo empezaron a comunicarse entre ustedes, cómo supieron de mí, que es lo que han pensado para que los apoye? —empezaron a llover las dudas y tuvimos una larga charla que fue el inicio de muy buenos logros de metas y grandes satisfacciones.

Entró a su camarote (la casa rodante), salió con unas pequeñas pinzas color oro y me las regaló. Me explicó cómo utilizarlas, eran para retirar los anillos de metal que se ponían a los palomos mensajeros. Me dijo que el siguiente miércoles le dijera al señor Cen (ella bautizó a mi amigo, que si era cen-zontle debía tener un nombre, porque ellos se iban a comunicar muy a menudo según los planes que me expuso) que volara a la torre de mi pueblo y ahí esperara en el campanario a un par de palomos que iban a llegar y que, como distintivo, traían anillos de los que me explicó cómo retirar sin dañarles las patitas. Acordamos que, según el origen de la comunicación que en cada caso deberíamos utilizar, una nueva vía serían los palomos mensajeros. Me pidió que hiciera unas casitas de madera para alojarlos, porque iban a llegar muchos, y que los vendiera para que obtuviéramos recursos para lo que se iba a ir necesitando. En minutos armaba planes ambiciosos y tenía la cualidad de que era muy persuasiva, a mí me convenció de inmediato. Iba a estar mandando muchos palomos mensajeros y yo los vendería a veinte pesos cada uno, eran muy buenos en lo suyo y el mercado era muy promisorio. Yo le comenté que

en Tepa había un tianguis de venta de aves cada domingo y que yo podía ir a ofrecerlos y era muy plausible vender una cantidad alta si esos eran los propósitos. Antes de despedirme me pidió que le revelara la forma en que ella debería practicar para aprender clave Morse. Le dije que yo tenía un par de hojas con mica de plástico para que no se dañaran, pero que no tenía más. Pensamos, y luego me enteré de que esa fue la vía más corta para que ella se hiciera de un formato: que buscara en la biblioteca pública en Aguascalientes en una enciclopedia y que de ahí obtuviera una copia de la clave para que practicara. Le sugerí que hiciera lo mismo que me había pedido don Luis a mí, que empezara por repetir muchas veces las vocales porque aprendiendo esas cinco ya se sabía uno más del 50% de los mensajes, porque las vocales se utilizan en esa proporción por cada palabra. Le recomendé que en sus momentos de descanso practicara escribiendo palabras que fuera leyendo donde se encontrara (esa había sido otra recomendación que me había hecho don Luis y que había surtido excelente efecto en mi caso).

Nos despedimos emocionados (al menos en mi caso, y estoy seguro de que en el de ella también). Llegué a tiempo para tomar el autobús de retorno, nos dejamos tareas para cumplir en lo inmediato; ese fue un día de los más felices de mi vida, y en el corto tiempo posterior se me fueron acumulando, salvo una mala experiencia que en su momento explicaré. Bajé del camión en Tepa, su destino final era la ciudad de México, fui directo al pequeño hotel que estaba a dos cuadras del bufete jurídico de malos recuerdos para el señor Cen y para mí. Reservé una habitación y tarde se me hacía llegar a las oficinas al siguiente día para explicarle toda la historia a mi amigo.

A la mañana siguiente alcancé a ir al mercado; todavía estaba oscuro, porque me levanté muy temprano (cuando se viven momentos para recordar toda la vida, el sueño estorba). Los puestos se estaban apenas instalando, era temprano inclusive para los vendedores; esperé a que pusieran los bancos y empezaran a atender, tomé dos chocomiles

y dos exquisitas piezas de pan, volví al hotel para pagar y sacar mi pequeña maleta. Para ir al crucero de Acatic cualquier autobús que tuviera destino Guadalajara me podría llevar. Así fue, antes de las ocho de la mañana ya estaba yo en el camino de empedrado que lleva al pueblo. Empecé a caminar sin ninguna prisa porque llegando a pie alcanzaría a presentarme a abrir las oficinas antes de las nueve, pero tuve la fortuna (“cuando las dichas se juntan, no hay espacio para acomodarlas”) de que venía un taxi del aeropuerto que llevaba a un cliente del pueblo que venía de California, se paró, el Chato Alatorre era vecino y amigo, me saludó.

—Súbete, no camines —me dijo.

Me subí al taxi cuando no había avanzado ni trescientos metros de los siete kilómetros que hay hasta la plaza.

—¿De dónde vienes tan temprano? —me preguntó.

—De Aguascalientes, fui a las fiestas de San Marcos, que me habían recomendado; yo había pensado “algún día podré”, y pude. ¿Tú de dónde vienes? —le pregunté para contestar su amabilidad.

—De California, a visitar a la familia y luego a *regresar* para atrás al trabajo.

El camino fue corto, de unos quince minutos; me bajé en la plaza para que ellos continuaran directo al domicilio de sus papás y yo caminé las dos cuadras hasta mi casa. Dejé el maletín y me fui directo a las oficinas. Faltaba media hora para las nueve de la mañana, pero yo estaba ansioso de platicar con el señor Cen sobre toda la aventura y los compromisos adquiridos. Inclusive, que él ya tenía nombre. No fue necesario esperarlo, ahí estaba el amigo. Nos llevó mucho tiempo ponernos al corriente de todas las novedades, porque la comunicación por clave Morse es lenta de origen.

Nos llevó más de dos horas el intercambio de información. En resumen, acordamos que él iba a ir a esperar a los dos palomos que iba a mandar Coba (su nombre era ruso, sus abuelos habían salido del país cuando la época de la Revolución de Octubre en 1917, fueron a Nueva York y se desperdigó su enorme familia por todo el mundo trabajando

en circos). Yo iba a ir con un carpintero para que me hiciera unas veinte pequeñas casas para palomos y las iba a instalar en el corral (al principio había pensado ponerlas en las oficinas del telégrafo, pero, como no sabía si regresaría don Luis o si mandarían otro jefe de la empresa, decidí hacer todo en mi hogar). Él tendría que ir a Aguascalientes para presentarse con la señora Coba y ella aprendería a comunicarse por el código Morse y montarían un espectáculo en el circo. Yo iba a ampliar mi experiencia laboral a la venta de palomos para conseguir recursos y utilizarlos en un gran plan para abrir jaulas en todos los lugares posibles. Ya le había explicado cómo llegar a esa ciudad cuando fuera necesario, fue la ocasión que le mostré con una regla y haciendo una comparación con la visita que habíamos hecho a Tepa cuando me acompañó en mi fallido encuentro con los abogados. Esperamos el miércoles para que él estuviera al tanto para recibir a los palomos que iban a llegar al campanario del templo. Antes de eso, ya había encargado yo a un carpintero hacer veinte casas pequeñas para palomos. Bueno, no tan pequeñas, porque el señor me había insistido en el tamaño que yo las deseaba.

—En estas casas les podrías hacer sala, cocina y patio — me decía en tono de broma, porque le parecían muy grandes las dimensiones que yo planeaba.

—Las quiero holgadas, que no vivan apeñuscadas.

—Nunca me habían pedido este tipo de palomeras, más bien serían para alojar cóndores — me aseguraba.

—Pues así, que vivan como si fueran del tamaño de un cóndor — yo le replicaba.

Era mucho el trabajo, acordamos que empezara con cinco y después, como se fueran acomodando los tiempos, terminaría las otras quince. Ese fue el trato.

El miércoles desde muy temprano el señor Cen iba y venía al campanario de la torre, estaba desesperado; yo estaba tranquilo porque desde el momento en que conocí a la señora Coba supe que era muy disciplinada y estaba seguro de que cumpliría cualquier compromiso. También

había experimentado que eso de ser “encantadora de pájaros” era una pura y llana verdad. La recordaba con sus loros caminando libremente sobre la mesa y subiendo por sus brazos hasta el hombro continuamente. Yo le había pedido al señor Cen que llevara los palomos a mi casa y antes de la hora acordada ya estaba allá esperándolos. Llegaron los tres poco después de las doce de la mañana como me había dicho la señora Coba, y no fue necesario cerrar las oficinas por mucho tiempo, debieron haber sido a lo sumo quince minutos. Llegaron los palomos, eran blancos y brillosos; yo había escuchado en varias ocasiones en pláticas de mayores que los más finos eran los más narizones, y en efecto, este par tenían una gran protuberancia en sus fosas nasales. Le retiré a cada uno los anillos que traían en las patas, como me había dicho la señora Coba, para que no dejaran rastro de haber tenido dueño, pero principalmente para no dañarlos. Yo había seguido al pie de la letra las indicaciones para su alimentación; ella me había dicho:

—Compras cuatro tipos de granos: maíz, avena, trigo y cebada. Les pones una proporción igual de cada una, aunque se los vacíes en un solo recipiente, procura que no estén revueltas. Y el maíz debe estar quebrado, puedes ponerlo en una toalla y lo golpeas con un martillo o una piedra.

Seguí las instrucciones al pie de la letra y había puesto una cantidad suficiente en una charola de metal de las que regalaban las empresas de cervezas. Las dejé en paz toda la tarde en sus enormes casas y la charola a medio corral para que tuvieran espacio suficiente de lo que necesitaran. El señor Cen, por su parte, estaba inquieto, nunca lo había visto tan impaciente, volaba de un lado a otro, regresaba, daba picotazos en su lámina con la que se comunicaba conmigo telegrafando, pero en esos momentos no, solamente daba pinchazos fuertes de uno o de dos, salía volando y en segundos regresaba, caminaba sobre la mesa, aleteaba, daba un par de picotazos y salía volando otra vez. Era su último día en Acatic; a la mañana siguiente saldría hacia Aguasca-

lientes a su nueva aventura, unos épicos acontecimientos lo esperaban.

Llegando al circo en las instalaciones de la Feria de San Marcos, muy pronto ubicó a su nueva amiga, porque siempre estaba rodeada de loros y en la misma mesa en que me había recibido a mí el domingo anterior. La señora había tenido la precaución de contar con una lámina similar a la que utilizábamos para comunicarnos y ella había adquirido un viejo instrumento de telegrafista, no tenía cable y no había falta, el ruido que generaba era suficiente para que lo interpretara el señor Cen. Había avanzado mucho, no tenía la práctica tan desarrollada como yo porque ya contaba con muchos meses de ventaja, pero su nivel era aceptable y fue más que suficiente para las actividades que pronto habrían de desarrollar juntos y de hacer historia en México. Desde que llegó el señor Cen dedicaron mucho tiempo a sus prácticas, y eso favoreció mucho a mi amigo, porque era probable que ya no tuviera con quién comunicarse como lo habíamos hecho nosotros.

En pocos días se pusieron de acuerdo y fueron avanzando en su simple pero grandilocuente plan; simple por las acciones que ya habían podido lograr hacer, y grandilocuente por los resultados públicos. Lo que había tramado la señora Coba era que, pudiéndose comunicar con el señor Cen y sin que el público lo imaginara, le iba a pedir públicamente que señalara con su pico las letras que ella le iba a estar telegrafiendo. El público escribía en papelitos especiales que les entregaban a la entrada, una palabra a su elección (generalmente era un nombre de persona, una ciudad, un color o una fruta). Todos se depositaban en una gran urna transparente que le decían tómbola, porque era similar a las usadas cuando se repartían premios. El instrumento tenía una manivela y se le daba vueltas antes de elegir al azar un escrito, para hacer más creíble el acto, se le pedía a un niño que lo sacara (con los ojos cubiertos). El evento causó tal asombro que en una época se realizaba bajo la supervisión

de un notario público, no porque se dudara, sino para generar mayor expectación.

Era muy sencillo, cuando tocaba el turno de la “Señora Coba Encantadora de Pájaros”, se sentaba al centro del circo y atraía las miradas de todo el público, porque se hacía uso solamente de una de las tres pistas. Siempre con vestido de faldas largas y ella muy pintada de los labios y unas mejillas rojas que hacían contraste con su larga cabellera ensortijada y llena de canas que destellaban por la exagerada iluminación que se concentraba en ese espacio. Recibía el papel elegido, lo leía, se lo pasaba a una joven trapecionista con su vestimenta llamativa y sus largas piernas desnudas, y le telegrafaba al señor Cen en la laminita que utilizaron para practicar lo que habría de ir eligiendo con su pico en un abecedario grande sobre una mesa larga de la cual se podía observar desde cualquier punto del circo. En esa ocasión habían escrito “constitución” para evitar que fuera algo sencillo como a veces sucedía (por ejemplo: Pepe, Lupe, Inés).

Para generar la mayor incertidumbre posible, la señorita que recibía el papel que había leído la señora Coba lo transcribía en un pliego de papel de aproximadamente dos metros de largo, lo doblaba y lo ponía sobre una mesa rectangular que posaba sobre un eje. Ahí lo depositaba y se retiraba para que el señor Cen hiciera su trabajo y cuando todo el mundo ya se había dado cuenta de que había picoteado letra por letra la palabra “constitución”, se desdoblaba y luego venían las exclamaciones del público. Ese espectáculo en particular era de los que más llamaban la atención y siempre generaba muchas expectativas. Todos los circos cuentan con demostraciones de perros amaestrados, tigres o leones, pero el único antecedente que existía era el de los pájaros que sacaban un papel escrito con “la suerte” de las personas que pagaban ese acto en particular. El acto tuvo reconocimiento mundial. El circo era muy bueno, siempre había críticas positivas y, si había expectativas de presentarse durante ocho días, era común que se mantuvieran por lo menos otra semana. Cuando se incluyó la supervisión de

un notario público, lo que se verificaba era que la trapecista escribiera al pie de la letra lo que decía el papel previamente electo y en el que se basaba la señora Coba para transmitirle al señor Cen. La señora Coba estaba sentada distante del señor Cen a no menos de tres metros; es decir, era imposible que alcanzara a leer el contenido del pequeño papel, pero, a decir verdad, el público no sabía que el señor Cen sabía leer y menos que sabía comunicarse por medio del telégrafo.

Los últimos días de la presencia del circo en Aguascalientes fueron muy buenos para la empresa y los espectadores; el público regresaba aun cuando se presentaban los mismos espectáculos aunque con pocas variantes. Todo el mundo comentaba que en particular lo que hacía la señora Coba y el pequeño pájaro era de la más alta calidad que podía exhibir un circo alrededor del orbe.

## LAS VENTAS DE PALOMOS Y EL INCENDIO

Ellos estuvieron trabajando en lo suyo y yo en lo mío. Me encargué de mantener espacios confortables para los palomos que fueron llegando en cantidades altas y que en la misma proporción se iban vendiendo. Yo iba cada domingo al tianquis en el cual había un espacio para la venta de aves y, al igual que la señora Coba, yo tenía un espectáculo de alto nivel, llegaba caminando desde el centro de la ciudad donde paraba el autobús hasta las inmediaciones del Colegio Morelos, lugar que, si bien no está muy distante, es pesada la cuesta. Antes de que arribara ya contaba con alguna multitud esperándome, porque les llamaba mucho la atención que cargara solamente con una pieza de madera rectangular de aproximadamente un metro y veinte centímetros de larga y la mitad de ancha, la colocaba sobre una banca de cemento y después de mí, iban llegando los palomos, sin que los transportara en jaulas, bajaban solos y caminaban en ese pequeño espacio, se amontonaba la

gente, los menos para comprar, los más para ser partícipes del espectáculo que mis palomos y yo les ofrecíamos. La compraventa era sencilla, cada palomo valía veinte pesos y quienes sí iban a comprar querían ser los primeros para poder escoger. Cabe mencionar que siempre tuve el cuidado de retirar muy cuidadosamente los anillos con que llegaban. Todos deberían pensar que yo tenía mi criadero y que los había visto crecer desde su salida del cascarón.

Siempre usaba la misma banca en la pequeña explanada a la entrada del auditorio Miguel Hidalgo, lo más probable era que estuviera ocupada cuando yo llegaba, pero los mismos espectadores les pedían a quienes habían ganado el espacio por ser los primeros en tiempo que desocuparan, porque ahí estaba destinado para “el señor de los palomos”. En la totalidad de mis visitas de venta en el tianguis, nunca hubo mayor problema, la gente, comedida, me cedía el lugar, porque ellos también querían ser partícipes del espectáculo.

Un día me llegó un telegrama de la señora Coba, decía: “Operación Vuelo Libre todo un éxito, salieron alrededor cincuenta confinados”; el anuncio me llenó de gran satisfacción, nunca imaginé que tuviera tanto éxito nuestro plan. Debido a lo corto de los comunicados por telégrafo, le escribí diciéndole mi intención de visitarla para conocer los detalles de tan meritorio éxito. Me contestó avisándome que el circo se trasladaba a la ciudad de León. Para mí eso era buena noticia, porque las rutas de camiones eran más fáciles que a Aguascalientes. Nos pusimos de acuerdo en la fecha y acudí con mucha alegría porque iba a visitar a mi antiguo y querido amigo el señor Cen. Mandarían un mozo a la central de autobuses porque en esta ocasión el circo se había instalado en un lugar lejano del centro de la ciudad.

Cuando llegué ya estaba ahí el muchacho, quien traía un vehículo del circo; aprovechó para llevarme y durante el trayecto para hacer promoción de los espectáculos del día, por supuesto que la adivinación de las palabras de la señora Coba y el señor Cen eran la mayor atracción. Llegamos en unos minutos y ya estaban mis amigos en su acostumbrada

mesa redonda ubicada fuera de la casa rodante. Sin disimular la alegría que nos causaba a todos, nos saludamos efusivamente, el señor Cen no dejaba de caminar sobre mis hombros y piar con entusiasmo. Se nos agolpaban las palabras porque eran más las cosas que nos queríamos comunicar que las que podíamos transmitir, yo sentía como si estuviera utilizando el telégrafo. Me comentó la señora Coba que las actividades del circo iban en asombroso ascenso y que el señor Cen ya se había hecho de una compañía numerosa, en pocos días ya eran más de diez los cenzontles que lo acompañaban y se las estaba ingeniando para enseñarles a ellos la clave Morse.

—La venta de palomos ha sido todo un éxito, he ganado mucho dinero —le expliqué, y le pregunté en qué lo podríamos utilizar.

—Pues en liberar aves —me contestó sin titubear.

—Manos a la obra —le contesté— ¿con qué empezamos?

—Primero, debes llevar alimento a unas grandes parvadas que están sufriendo allá cerca del Lago de Chapala —me dijo.

Me explicó que a muchos agricultores los habían puesto de acuerdo para hacer ruidos con láminas durante las mañanas y hasta el mediodía, que es cuando más acudían las aves a comer sorgo que habían sembrado, y que les habían causado un daño muy grave. Me comentó que a unos pocos kilómetros había un zanjón cercano a un basurero, donde se podía depositar una buena cantidad de alimento para evitar una desgracia con la vida de la parvada.

—¿Cómo ubico el lugar? —le pregunté.

—Te van a llevar los palomos —me dijo.

Tengo un amigo mecánico de quien estoy seguro me puede ayudar. Estaba pensando como muy necesario conseguir una camioneta para llevar el alimento porque, ¿cómo podría explicarle a alguien mi pretensión de llevar alimento a las aves que estaban ahuyentando? Quedamos en ese

acuerdo, y ya me estaba imaginando los pasos que debería ir cumpliendo en mi nueva encomienda.

—¿Por qué escribieron *Operación Vuelo Libre* en el telegrama? —le pregunté a la señora Coba.

—Utilizamos un lenguaje militar para darle mayor formalidad al asunto, nada más—me explicó—. Fue muy gracioso para mí saber que habíamos abierto ocho grandes jaulas en una hacienda en la población de Encarnación de Díaz que está cerca de Aguascalientes. Les pedí a los loros que ubicaran dónde había jaulas para abrirlas a la menor oportunidad. Me dijeron que había un hotel en una antigua hacienda que contaba entre sus atractivos con muchas aves enjauladas; llevé dos de ellos sobre los hombros al mercado y les dije que me avisaran con el pico sobre mi brazo cuando yo tomara una jaula que fuera igual o lo más parecido posible a las que habían ubicado en aquel lugar. Fue fácil dar con ellas, no había una gran cantidad de posibilidades, había cuatro diferentes y yo imaginé que era la más grande de las que vendían; así fue, cuando tomé una para “verla” me picotearon. Le dije al vendedor “quiero esta”, la traje al circo y les enseñé cómo abrirla. Si estuvieran dentro, imposible hacerlo, pero por fuera, para ellos que tienen un pico grande y fuerte, fue muy fácil amaestrarlos. La cerré en cinco o seis ocasiones y les pedí que la abrieran, llamé a todo el ejército, que son más de diez y los entrené en su nueva faena. La fecha que consideré más oportuna fue un domingo por la mañana, porque seguramente el personal de servicio debería ser menor en cantidad, o por lo menos entrarían más tarde, porque no podían tener horario similar a los días entre semana. Desde antes de las siete de la mañana ya estaba ahí mi ejército regular, los acompañó el señor Cen, porque, como me había imaginado, tenían las aves mucho tiempo enjauladas, de tal suerte que, al estar abierta la jaula, ni siquiera se darían cuenta de que estaban en libertad. Entonces, la labor del señor Cen fue entrar y hacer alboroto en las jaulas donde no atinaron a salir los pajaritos. Fue todo un éxito, y esa misma labor la hemos

practicado en muchas ocasiones; sin embargo, la *Operación Vuelo Libre* fue la de Encarnación de Díaz porque ahí fueron muchas jaulas y muchísimos los libertos. Yo estaba embelesado por el relato y ya imaginaba cuántas cosas se podrían hacer. Contábamos con todo lo que necesitábamos, lo único que hacía falta era ubicar lugares donde hubiera jaulas para planear mandarlas abrir.

—La siguiente apertura de jaulas, que sea en mi pueblo —le pedí.

—Vamos actuando donde los resultados sean mayores —me contestó de manera convincente— y ya nos iremos acercando a tu pueblo y a todos los posibles.

Pregunté por qué se decidió por iniciar con eso del hotel en la ciudad de Encarnación de Díaz y me explicó:

—Primero, porque era el lugar que habíamos ubicado como el de mayor concentración de aves en cautiverio. Segundo, por la cercanía de Aguascalientes, y tercero, porque pensé que los loros debían pasar por una prueba importante para que siempre demuestren seguridad.

La Hacienda de Vizcaíno, que habían convertido en hotel no hace muchos años, contaba con unos largos y espaciosos portales donde habían instalado las jaulas para que los huéspedes escucharan los cantos de los pájaros al amanecer. La historia de la propiedad es una larga yuxtaposición de jaulas: a finales del siglo XIX se había utilizado como una clásica hacienda de peones acasillados que vivían de una forma muy parecida a la época feudal, porque ahí vivían, se reproducían y morían, estaban obligados a trabajar para el hacendado y a comprar en sus tiendas de raya todo lo que necesitaran para su subsistencia. Cuando la llegada inminente de la Revolución Mexicana, la familia completa de los pudientes propietarios huyó hacia San Antonio, Texas, con la esperanza de regresar y seguir controlando sus riquezas de la misma manera en que lo habían hecho antes de la Bola (como le decían a la revolución). Dejaron a sus medieros de confianza con el control absoluto, y seis años después regresaron y se asentaron nuevamente en su emporio casi

inamovible, a no ser de muchas cabezas de ganado que esas sí perdieron con la visita de los revolucionarios que imponían “préstamos forzosos” y, desde luego, nunca pagaban. Las propiedades y los trabajadores eran casi los mismos, los dueños volvieron a entronizarse y a continuar con su sistema de encasillamiento de los trabajadores, con la única diferencia de que ahora no utilizaban billetes y monedas acuñadas de la misma hacienda, sino dinero contante y sonante emanado de la convulsa social. En la década de los años veinte sí hubo cambios sustanciales con la aparición de una nueva revuelta: la Cristiada; en esta nueva trifulca los propietarios no se ausentaron y tuvieron que pasar tragos amargos provenientes de los dos grupos en conflicto: los gobiernistas y los campesinos alzados por motivos religiosos. Los unos y los otros actuaban de manera similar: los soldados, con la fuerza de la legitimización, tomaban lo que se les ponía en gana para pertrechar las tropas, y los cristeros, por decreto divino, cogían lo que querían cuando los militares salían a cubrir sus mandatos. La rebelión se extendió por tres años y, un decenio después, ya sin temor a nada, la oleada cardenista cimbró los cimientos de la hacienda a grado tal que les expropiaron todos los terrenos alrededor y se quedaron tan solo con el edificio de las habitaciones. Los propietarios esta vez sí salieron en un autoexilio hacia España y nunca volvieron. Un sobrino nieto se hizo cargo del casco de la hacienda y en los años setenta lo transformó en hotel. El último encasillamiento había sido el de las aves, y con la intervención de mi amiga Coba y sus pájaros encantados, la *Operación Vuelo Libre* se convirtió en nuestro abecedario y culminación de metas.

Regresé a Acatic y la primera acción que tomé fue ir en busca de mi amigo Rodolfo, el mecánico, para exponerle mi plan de adquirir una camioneta.

—Quédate con la mía —me dijo sin rodeos—, acabo de reparar la máquina y compré esta otra; tengo que vender la antigua para completar el pago de la nueva.

Nos pusimos de acuerdo en el costo, me la llevé esa misma tarde, y preparé todo para salir el próximo sábado a llevar la comida para las aves. No fue necesario deshacerme de todos mis ahorros, Rodolfo recibió de pago poco más de la mitad del costo total y me ofreció recibir pagos mensuales sin intereses por la amistad que toda la vida hemos cultivado. Guardé un poco del dinero para pagar la semilla y lo que se llegara a ofrecer para la camioneta. En pocos sábados alcancé a completar el adeudo de la compra.

El viernes por la tarde compré diez costales de sorgo de cuarenta kilogramos cada uno. La capacidad del vehículo es media tonelada, pero tomé precauciones para evitar un despropósito. Cubrí con lonas el producto y guardé la camioneta la noche del viernes en el taller de Rodolfo; el sábado temprano fui por ella y me dirigí a mi destino: la ciudad de La Barca, que está colindante con el Lago de Chapala. Los palomos iban volando frente a mí todo el tiempo. Tomé la carretera hacia Zapotlanejo, luego hacia Tototlán, después pasé por Ocotlán, y antes de llegar a La Barca las aves que me dirigían empezaron a volar en círculos; ahí me detuve y los seguí despacio hasta una pendiente pronunciada que desembocaba en una pequeña presa. Ahí se posaron mis palomos sobre la camioneta y, sin más trámites, empecé a abrir los costales y a descargar los granos en el suelo, procurando solamente que no se quedara amontonado. Lo dispersé lo más que pude abriendo cada costal y desparramándolo al caminar. Todo el proceso me llevó alrededor de quince minutos, y antes de regresar había una cantidad enorme de pájaros. Cumplí con mi cometido. Los palomos, como es su costumbre, se fueron elevando dando vueltas y luego se dirigieron a mi casa familiar, que es donde ellos también vivían.

Todo era miel sobre hojuelas hasta la noche del viernes de la siguiente semana. Me había dormido temprano, no había pendientes de ningún género. Debí de haber sido a eso de las tres de la mañana cuando estaba soñando gritos:

—¡Se quema! —decía alguien.

—¡Ábrele! —clamaba alguien más.

—¡Traigan agua!

Las voces eran cada vez más fuertes y tocaban la puerta de madera. Al no escucharlos yo, golpeaban con una piedra la pared de mi cuarto porque no tenía ventana hacia la calle. Fue entonces que me di cuenta de que no estaba soñando, todo era real. Me puse rápidamente los pantalones y me ajusté los huaraches, salí asustado a ver de qué se trataba tanto alboroto. Ahí estaba todo el vecindario, el único que faltaba era yo:

—¡Se está quemando tu casa!

—No, mi casa no se quema, es de ladrillo —contesté con toda seguridad cuando volteo hacia el corral y observo unas enormes llamas y una iluminación inusual y desproporcionada. Estaba ardiendo un cuarto que teníamos en el corral y que familiarmente le habíamos puesto el nombre de “hospitalito”, porque en una época habíamos criado gallinas en dos galerones de adobe y teja, y cuando alguna enfermaba la apartábamos en ese pequeño cuarto hasta que sanara.

Entramos todos corriendo, algunos vecinos ya traían cubetas de agua para apagar el siniestro. Era imposible imaginar que estuviera en llamas, lo único que había de madera eran las casitas que había mandado hacer para los palomos, y de haberse generado un accidente de ese género, fácilmente se habría podido contener. ¿Cómo era posible que hubiera tantas llamas y de una magnitud tan alta? Estaba iluminado todo el vecindario, cuando en forma normal las casas se iluminaban con el fogón de la cocina o con una pequeña lámpara de petróleo. Nadie nos habíamos podido imaginar el origen y la magnitud del acontecimiento. La ayuda de los vecinos y la cantidad fue contundente para sofocar el fuego. El agua, que es tan escasa, hizo aparición de no sé dónde y en pocos minutos se lograron contener los estragos; hay muchos árboles en el corral de la casa y varios vecinos cortaron ramas para ir apagando por las orillas. En media hora ya estábamos todos jadeando, aunque seguíamos atónitos por no poder imaginar cómo se había originado el desasosiego del fuego.

—Aquí están dos botes —dijo don Vicente, uno de los vecinos que más apoyo me brindaron.

—¿Dos botes, de qué? —le contesté.

—Trajeron gasolina y con eso prendieron —agregó alguien del tumulto.

Sí, olían a gasolina, ese era el motivo del incendio, no era posible que se hubiera iniciado por un descuido. En mi casa nunca se utilizó la gasolina, ni ahora que había comprado la camioneta; era un líquido que no se almacenaba en ninguna vivienda del pueblo.

—Llegó la policía —me dijeron.

—¿Quién prendió el cuarto? —me preguntaron.

—No lo sé, pero tuvieron que haber entrado por la casa de algún vecino, no hay entrada por ninguna calle —les expliqué.

—Por favor luego pasa a las oficinas para armar un expediente —me pidieron.

—Claro —les dije—, aunque no tengo ningún interés por saber quién hizo esto porque me traería más problemas que alguna solución.

No hubo daños de importancia, habían rociado el combustible por las paredes y el techo pero, siendo adobe y deya, solamente se chamuscó lo superficial. Las casas de madera de los palomos sí sufrieron los mayores daños, pero ningún animalito sufrió daño, seguramente antes de comenzar los perjuicios salieron volando asustados en la oscuridad.

Agradecí a los vecinos porque su ayuda fue muy grande; después de una hora entré de nuevo a la cama, pero solamente para esperar que saliera el sol y levantarme de nuevo, no pude dormir un solo minuto. Era imposible creer que hubiera tanta maldad en algunas personas, ¿cómo hicieron para confabularse con algún vecino y entrar a escondidas con gasolina, rociarla y encender fuego? Nunca lo pude entender, ni siquiera cuando supe quiénes habían sido los causantes. Nunca indagué lo más mínimo, la información me llegó a la casa de la forma más impensada posible. Ese fue uno de los peores días de mi vida; en semanas no pude

dormir de manera normal, me despertaba a cada rato, me levantaba y me asomaba al corral pensando que había fuego de nuevo. Me insistieron varios de mis amigos que levantara una denuncia formal y que fuéramos sobre los culpables, siempre se habló de dos personas que muchos aseguraban que debían de haber sido. Ni siquiera cuando tuve toda la información venida de la fuente más confiable: la de uno de los dos causantes, se la hice saber a nadie. Me intrigó el haberme dado cuenta de que dos personas a quienes siempre había tenido en estima hubieran sido capaces de buscar causarme daño. En total fueron tres: los dos que brincaron la cerca con los botes de gasolina y prendieron el fuego, y quien les dio el permiso de entrar por su casa y usar su escalera.

Aparte de ese trago amargo, solamente recuerdo haber pasado otro, el del robo de mi reloj de oro, pero ese fue muy rápido y ni tiempo tuve de molestarme como sí me sucedió cuando el incendio del hospitalito. Los días posteriores al incendio fueron de mucho ajeteo, todas las personas que me encontraba me asediaban con preguntas:

—¿Quién te quemó la casa?

—¿Te robaron?

—¿Es cierto que fueron fulano y zutano?

Y como dice un proverbio de la avicultura: son más las que se echan que las que de veras ponen. Hubo quién me preguntara afirmando:

—¿Verdad que te amarraron en un árbol y te apuntaban con pistola en la cabeza?

—¿Es cierto que se llevaron la caja fuerte? —yo las he visto en películas, ¿pero tener yo en casa una caja fuerte? Para mí fue muy desgastante no solo el fatídico hecho, sino los agregados. Bien cierto eso que dicen de que “son más duros los tenajales que la misma cal”.

Los días siguientes busqué hacer las cosas que hacía antes de manera cotidiana para de alguna forma volver a la normalidad. Asistía puntualmente al trabajo en las oficinas del telégrafo, aunque había pocos eventos para atender, buscaba olvidarme del trago amargo que había pasado. Lo

que más me gustaba eran las visitas a Tepatitlán a la venta de mis palomos; mi fama había crecido, y era común que antes de que yo llegara ya había personas esperándome. Antes de llegar escuchaba que decían:

—Ahí viene ya, ahorita bajan los palomos, la semana pasada vendió como treinta, y los que sobran se regresan volando.

Yo traía mi tablita ya como costumbre porque, la verdad, su ausencia no se notaría. El siguiente domingo que fui a mi tradicional venta terminé a las horas de costumbre, caminé de bajada hasta el mercado que está cerca de la plaza, compré un lonche con don Meregildo, con mucha crema, cebolla y zanahoria, y me dirigí a una banca de la plaza a comérmelo tranquilamente antes de regresar a mi pueblo. Había terminado cuando vi pasar a unos metros al licenciado que me hizo “un proyecto para la liberación de aves enjauladas”; iba de sandalias y con barba de una semana, no me vio. Por curiosidad lo seguí unas cuadras para ver qué hacía, y se me hizo fácil indagar qué era de su vida. Un par de cuadras de la plaza entró a una casa grande y vieja, ahí vivía porque no hizo mayor trámite sino meterse, tenía un zaguán grande y un cancel desde el piso hasta el techo para evitar el ingreso de personas sin permiso. Me llamó mucho la atención el ruido de aves, deberían de haber muchas jaulas, porque el piar era mucho. Yo pensé: “¿este es el licenciado que iba a buscar modificar la legislación no solo de la fauna sino también de la flora para evitar que sentara jurisprudencia?” Desgraciado vividor.

El lunes la primera actividad que realicé fue enviarle un telegrama a mi amiga Coba al circo con las consabidas diez palabras: “urge envío aves amaestradas, abrir jaulas abogado falsario estafador inocentes”. En menos de una hora recibí respuesta: “Preparado equipo táctico abrir celdas pasado mañana, requiero coordenadas exactas”. Contesté el último comunicado con el domicilio del señor leguleyo, y para el siguiente domingo pasé caminando frente a la casa para verificar la eficacia del “equipo táctico” enviado y sí, ya

no se escuchó el menor murmullo de aves. Me alegró el día. Y más me alegraron dos noticias: la primera, que leí en el templo un aviso donde se notificaba a los interesados en instalar un teléfono doméstico que pasaran a cierto domicilio a recibir información; la segunda, me había informado mi amiga Coba sobre una competencia de palomos mensajeros donde habría un premio muy apetitoso de mil pesos. Lo del teléfono era una excelente noticia, porque, si bien era la competencia para el telégrafo, la verdad es que siempre habíamos tenido muy poco trabajo, y la segunda, porque eso de mi participación en el cuidado y en la venta de palomos mensajeros me había caído del cielo porque nunca lo habría yo buscado por mi gusto.

Acudí al domicilio donde daban información sobre los teléfonos domésticos y me enteré de que había solamente veinte líneas disponibles y ya tenían una lista de treinta posibles suscriptores entre los cuales, por supuesto no aparecía yo, porque no era solvente a los ojos de quienes hacían la promoción. Pedí los requisitos y me dijo la encargada:

—Bueno, la verdad es que en la compañía son muy exigentes, se requiere de entrada la aportación de doscientos pesos, la compra de acciones por otros sesenta y después de hacer un análisis, es probable que haya gastos extras porque el perímetro planeado es de doscientos metros alrededor de estas oficinas, ¿qué tan distante se encuentra el lugar donde a usted le gustaría instalar el equipo para contar con el servicio?

Me hirió el amor propio; primero, porque, desde luego, yo no estaba entre los “probables compradores del servicio”; segundo, porque mi casa no estaba en el perímetro de quienes podían pagar los modernos servicios de un teléfono doméstico, y tercero, porque al recalcar me que los pagos serían muy altos, me dio a entender que un infeliz como yo no podría formar parte de los altos círculos sociales como lo era el contar con teléfono en casa. En ese momento yo traía la totalidad de las últimas ventas de palomos, entonces le dije:

—¿Cuánto tendría que pagar si en este momento pudiera contar con el servicio?

—Como ya le dije, los gastos son onerosos, serían los doscientos de aportación, los sesenta de la compra de acciones de la compañía y otros ciento veinte pesos por la extensión del servicio para ampliar el área hasta su vivienda, porque el último poste llega hasta la esquina del templo y usted vive dos cuadras más lejos.

—¿En total son trescientos ochenta pesos?

—Efectivamente.

—Tenga usted la amabilidad de hacerme un recibo, aquí está el dinero.

La encargada era conocida de toda la vida pero estaba acompañada de una representante de la empresa. Ellas tenían un listado de los probables (y yo diría “únicos”) compradores y, por supuesto, no aparecía yo ni por asomo. Se voltearon a ver una a otra y me dijeron:

—Claro que sí, señor, con todo el gusto —esa fue la primera ocasión en que me dijeron “señor”.

—¿Y cuándo me va a instalar el equipo la compañía? No quisiera que pasara la Navidad y yo sin poder comunicarme con mi familia. Me puse un poco faceto, como dicen en el rancho. Si no aparecía yo entre los probables, que me tuvieran ahora entre los “emergentes”.

—El servicio está contemplado iniciar antes de quince días entre las personas que hayan cubierto los gastos completos. Usted es el tercero de los únicos veinte números a instalar, ¿cuál prefiere que no sea el uno, el dos, ni el diez, que ya fueron apartados?

—El que sea, no hay números malos; además, yo no soy supersticioso porque es de mala suerte —les dije continuando en mi etapa de faceto.

En lo sucesivo la comunicación con mi amiga Coba fue mucho más efectiva; el telégrafo era nada más como un referente, porque ahí trabajé por primera vez y porque aprendí el código Morse que tanto me sirvió para abrir puertas insospechadas.

Lo nuevo entonces fue la noticia de la competencia de palomos. El lugar de salida era en San Pedro, cerca de

Guadalajara; acudí por información y me dijeron que la inscripción era de cuarenta pesos por cada palomo, para mí el dinero no era ningún problema, porque lo estaba recibiendo a caudales y no me implicaba ninguna inversión. Los pormenores no eran muchos, era necesario llevar los animales para que, una vez pagados los gastos de formalización de la competencia, les uncieran unos anillos especiales para evitar duplicidades. Yo inscribí a tres que a mi juicio eran los mejores, los llevé tres semanas consecutivas para que durmieran en las instalaciones, porque iban a ser soltados de la ciudad de Toluca en el estado de México y el primero que llegara de regreso sería el ganador de un premio, como ya se dijo, consistente en mil pesos. La cantidad era estratosférica porque solamente la lotería nacional pagaba en su Premio Mayor algo más que eso. A mí me entusiasmó, porque sentí que tenía buenas posibilidades de ganar y, si no, de conseguir un buen lugar aunque solamente el primero tenía premio económico, los siguientes un reconocimiento escrito y firmado por el presidente y el secretario de la Asociación Colombófila Mexicana. Nunca había participado en nada similar; eso me mantenía nervioso, pero el sentimiento era positivo y no como la presión negativa del incendio de mi casa.

Además de haber sido atacada mi casa cuando incendiaron el hospitalito, me sentía acosado por tantas personas que me detenían en cada esquina del pueblo:

—¿Es cierto que te quemaron la casa y te robaron dos mil pesos?

—Incendiaron parte de mi casa, pero no me robaron, yo esa cantidad no la he visto junta en toda mi vida. Si me hubieran asaltado yo sabría quiénes habrían sido.

—¿Por qué no agarran a los Peludos? —así les dicen a dos hermanos que son bien conocidos por dedicarse a nada y que siempre traen dinero. Yo siempre sospeché, igual que todo el pueblo, que habían sido ellos los del incendio, pero la verdad es que nunca noté la ausencia de ninguna cosa en casa. Hubo incendio, deliberado y con toda la mala intención de perjudicarme, pero, de robo, no, no hubo nada.

—No sé quién lo causó.

—Pues que los vieron pasar con muchos botes de gasolina después de que quemaron.

—Los botes eran dos y ahí quedaron dentro de mi casa.

—No deberías encubrirlos.

—¿Encubrir qué? —era muy penoso para mí tener que explicar cien veces algo tan tormentoso para mi persona, y con el agravante de verme obligado a comprobar cosas que afirmaban sin el menor respaldo. No se me da nada el arte de ir contra el sentido común.

—Tú tienes mucho dinero y te puedes reponer de un robo tan grande como ese, ¿pero la demás gente?, estamos desprotegidos.

—No me robaron nada.

Los sábados y domingos que no abría las oficinas del telégrafo, de plano ya no salía de mi casa porque me acosaban constantemente y cada vez con más “atenuantes”. A los famosos “Peludos”, no me los había encontrado ni quería verlos siquiera, habían ganado mala fama, y yo me temía que hubieran sido ellos en verdad. La semana de la competencia estuvo apeñuscada de acontecimientos para la vida cotidiana del pueblo, o al menos para la mía. Pero en los días anteriores era solamente la repetición de sacarme por la fuerza la versión de quiénes me habían robado, maniatado e incendiado completamente mi casa.

Digno es de hacer mención la visita que recibí de la señora Yolanda, una mujer que fue hija única de un señor que traía mangos de la barranca en una recua de burros éticos. Quedó huérfana desde pequeña y su única fuente de ingresos era la venta de chayotes en la plaza, y principalmente a la salida de misa los sábados por la noche y domingos todo el día. Todo el mundo la apoyaba en lo que podía, algunos le regalaban un pollo, otros con algo de ropa. Era una señora buena que hacía la lucha por vivir al día. Una mañana me visitó, nunca lo había hecho, me llamó mucho la atención:

—Fíjese que vengo con una molestia grande —siempre me habló de usted, aun cuando era mayor que yo considerablemente—, yo, trabajando en mis cositas, me resbalé y se me quebró un brazo —traía yeso sostenido por una pañoleta—, el doctor me atendió, me puso esto y me recetó unas pastillas para el dolor. Gasté lo poquito que tenía y me endrogué.

—¿Cuánto debe, señora Yolanda?

—Ciento cuarenta pesos y mi molestia es que si usted me pudiera hacer el grandísimo favor de prestármelos, yo le podría ir abonando seis pesos a la semana hasta completarle. Si usted me hace el favor, yo le voy a pedir a Dios mucho por usted porque siempre ha sido buena persona.

—Mire señora, no tengo esa cantidad, pero le voy a tener cien pesos el sábado en la tarde, si puede venir por ellos. Y sí, como usted dice, le voy recibiendo de a seis pesos cada semana, ¿cómo ve, le sirven?

—Claro que me sirven, muchísimo —me contestó y se le arrasaron los ojos; me dio mucha lástima, pero me sentí afortunado de poder ayudarla en hacerle menos pesada la carga que desafortunadamente le había tocado soportar. El sábado, como quedamos, tocó a mi puerta, la invité a pasar y le entregué el dinero; ella lloraba y no dejaba de agradecerme, me decía que muy poca gente le había ayudado, y que toda su vida iba a pedir a Dios para que a mí nunca me faltara nada. Entregué el dinero y no paraba de agradecerme, así que se despidió prometiéndome no faltar a llevar el abono cada semana como habíamos acordado.

## LA COMPETENCIA

Todo lo habido y por haber se me fue juntando la semana de la competencia de los palomos mensajeros más rápidos del país (así promocionaban el evento por la radio); el primero que regresara desde la ciudad de Toluca hasta San Pedro Tlaquepaque sería el ganador. Primero, con la noticia que llegó por medio de un telegrama oficial de que se cerraría el servicio. Tenía eso mucha lógica, porque, desde la instalación de los aparatos telefónicos, había bajado considerablemente el ya de por sí raquí-tico servicio telegráfico. Luego, las novedades de información sobre el incendio del hospitalito en mi casa. La compra de un reloj de oro y su desenlace. Y las noticias de Colima relacionadas con la señora Cobra.

El día anunciado por las autoridades para “recibir” las oficinas del telégrafo, aparecieron dos personas ya muy adultas ataviadas con sombreros que yo había visto solamente en las películas. Los de mi pueblo todos eran de paja;

esos eran muy lujosos y de colores diferentes: uno era gris claro y el otro café oscuro, muy elegantes los señores. Yo había preparado todo lo que estaba a mi mano y, a decir verdad, no era mucho, era la contabilidad de los ingresos y los egresos de los últimos siete meses desde que había desaparecido don Luis, el telegrafista que me había contratado y que se desapareció cuando perdió apostando dinero a los gallos en Valle de Guadalupe. Otro asunto, el único diferente al cotejo de gastos, era la entrega del local al dueño de la casa que se había rentado, pertenecía a don Ignacio González, hombre “muy arreglado”, como se dice en el rancho. Pues llegaron los señores con sus sombreros, los invité a pasar, abrí la caja fuerte (era una cajita de metal sin cerrojo, pero le decían “fuerte”), saqué los documentos, los puse sobre la mesa y les expliqué todo. Como era muy poco lo que se debería revisar, los señores tuvieron tiempo para fumar sus olorosos puros que traían, tomarse varias tazas de café que traían en unos termos americanos que llamaban mucho la atención porque no se conocían en el pueblo y que al menos yo no había visto tampoco en Tepatitlán, aunque allá sí hay lujos. Revisaron las notas, no tuvieron ninguna duda.

—¿Le debemos algo de renta, señor Ignacio?

—Nada, señores, este muchacho me paga la mensualidad adelantada el día primero y nunca se ha atrasado. Estamos a día diecinueve, yo les regreso lo que corresponda.

—No hay que regresar nada, estamos muy agradecidos con sus servicios y también con los del muchacho. No sabíamos que el responsable se había ido y no recibimos encargo alguno de nuestros jefes para hacer alguna investigación especial. La contabilidad se llevó en forma escrupulosa y no tenemos ni dudas, ni peticiones. Vamos a escribir un acta detallada y queremos que nos la firme usted y el muchacho. Con eso cerramos el asunto y clausuramos las oficinas de telégrafos en el pueblo.

Yo regresé a la casa sin ningún pensamiento negativo, porque todas las experiencias que viví ahí fueron para mí muy buenas. Lo relativo a las peleas de gallos no me caló en

nada, porque yo no era partícipe, sino convidado mudo. La ausencia de don Luis, la verdad, no se sintió ni en el pueblo ni en la oficina. El único pendiente era el pago de la renta y la entrega de telegramas a las personas que les enviaban; yo me hice experto desde los primeros meses de trabajo, así es que nunca hubo queja alguna y sí buen servicio cuando se necesitó. Con la llegada de los teléfonos domésticos y una cabina para quienes no tuvieran número fijo, el telégrafo pasó a la historia sin pena ni gloria. En lo personal, sí, con mucha gloria porque yo recibía altas cantidades de dinero por algo que nunca me había imaginado que pudiera hacer: la recepción y venta de palomos mensajeros.

Unos días después, cuando me quedaba por más tiempo en casa y ya sin el compromiso de abrir las oficinas, llegó en una ocasión el Flaco, un muchacho sin oficio ni beneficio que divagaba todo el día por el pueblo. Era hijo de un señor muy amable y trabajador del campo, pero de quien no heredó nada el Flaco en su actuar, él más bien se dedicaba a ver si alguien desatendía un momento el recipiente de huevos que llevaba a vender a alguna tienda para agarrar unos cuantos, o de meter la mano al cajón de quien cuidaba el billar para traer algo de gastar para el domingo. Debo agregar que, a pesar de eso, yo lo tenía en mucha estima, porque conmigo siempre había sido atento y no me había quedado a deber como sí lo había hecho con medio pueblo.

—¿Me prestas veinte pesos? —me dijo sin tapujos, ni prolegómeno alguno.

—No, Flaco, no tengo dinero para prestarte.

—Sí tienes.

—Probablemente tuviera, pero no para prestarte.

—Préstame veinte pesos y te los pago para antes de la fiesta de la Candelaria.

—No tengo. Mira, te voy a dar dos pesos, te los regalo porque sé muy bien que nunca me los vas a pagar, pero así ya tenemos un acuerdo, te los regalo.

—Dame los veinte y te digo quién te quemó tu corral.

—Para eso no se necesita ser adivino, yo sé perfectamente quienes fueron.

—No sabes.

—Sí lo sé, y no nada más yo, todo el pueblo, ¿para qué pago por eso?

—¿Piensas que fueron los Peludos?

—¿Pues quiénes más?

—Pues estás meando fuera de la olla.

—Si fueron ellos o si fueron otros, de nada me sirve; ya pasó y no me van a reparar el daño. Para mí es ganancia que ya nadie me pregunta. Mira, si quieres los dos pesos, aquí están, no te voy a dar más, porque es “darte” más.

—Fuimos Yolanda y yo —me dijo tomando los dos pesos. Me dejó perplejo.

—¿Fueron Yolanda y tú?

—Yolanda la que vende chayotes y yo.

—¿Fuiste tú y me vienes a decir?

—Fuimos los dos.

No sabía yo qué preguntar; me dejó helado con su información. Nunca podría haberme imaginado cómo habría podido suceder eso. Sin que se lo pidiera, se sentó en la banqueta de la puerta de mi casa y comenzó a darme todos los detalles:

—Me dijo que quería darle un “llegue” a un riquito fantoche. Yo le pregunté: ¿a quién? Porque hay muchos en el pueblo.

—Al nuevo, al sangrón ese del telégrafo.

—Le pregunté que si al gallero y me dijo: no, al que compró la camioneta. Fue cuando supe que hablaba de ti. Entonces le pregunté que cómo sería el “llegue”, y me dijo que quemándote tus palomos, porque de ahí estabas sacando mucho dinero.

—¿Cómo fue que se metieron a mi corral? —le pregunté ya sin rodeos, así como él estaba vomitando información.

—Le pidió permiso a doña Concha, la de aquí a la vuelta.

—¿Doña Concha les dio el permiso? —le pregunté al Flaco.

—De que lo dio, lo dio, porque cuando llegamos con los botes de gasolina nos abrió y nos llevó al corral por donde está la barda que separa con el corral de tu casa.

Todo eso que me platicaba me tenía atónito, no podía creer lo que mis oídos escuchaban, pero, con la claridad y la displicencia que lo hacía, imposible era dudar.

—Llegamos a las dos de la mañana —prosiguió— porque así habíamos quedado. Me dijo que me iba a tocar en la pared de mi casa, que no iba a tocar la puerta, que a las puras dos de la mañana iba a ser “el movimiento”; así decía ella. Que no me fuera a quedar dormido. Me tocó en la pared, salí y le ayudé con uno de los botes, eran de veinte litros y venían rasos de gasolina. No sé dónde la consiguió, pero ya los traía. Llegamos con doña Concha; igual, le tocó en la pared, como que ya había quedado también con ella. Nos abrió y, sin hacer preguntas ni comentar nada, solamente se fue caminando para abrir el corral y siguió hasta la barda y nos dijo: “por aquí”. Tenía una redila de camión que nos sirvió como escalera, la arrimé a la pared, subió primero ella, luego yo, y luego subí la redila para ponerla del otro lado, bajó ella, le pasé un bote y luego el otro. Nos fuimos caminando, ella ya sabía cómo, porque iba derecho a donde estaban los palomos. Cuando llegamos, se asustaron, hicieron mucho ruido y salieron volando, chocaban en los árboles muy asustados pero salieron volando todos. Luego empezamos rociando la gasolina, ella procuraba que la aventáramos hasta arriba para que se quemara bien todo. Le dije: “con mucho cuidado al prender el cerillo porque traes gasolina, no te vayas a quemar”. Aventó el cerillazo y corrimos de regreso. Con la de malas que cuando se subió por la redila que llegaba nada más a media barda porque no es escalera hecha y derecha, del adobe que se apalancó, se zafó y se le vino encima, se cayó para atrás de puras nalgas y se le quebró una mano.

¿Se quebró? Ahí fue donde se fracturó, no se cayó en la venta de sus chayotes como me había dicho, ¿cómo había

sido posible todo eso y todavía tuvo el descaro de venir a llorar a mi casa para que le prestara dinero? Yo seguía atolondrado por el cúmulo de información: lo de sangroncito, rico nuevo, pero si nunca le había hecho ningún mal, ni a ella ni a nadie. Y yo pensando (bueno, no era el único, era todo el pueblo) que habían sido los Peludos. No cabe duda de que uno se equivoca. Ahora era yo el que preguntaba. Primero, cuando se acercó a pedirme dinero yo estaba pensando cómo deshacerme de él para que se fuera porque siempre anda atrás del dinero y nunca le he conocido una buena acción; la verdad, no las hace ni con su familia.

—¿Cómo se subió entonces cuando se fracturó?

—Pues no se subió; ahí se estuvo quejando. Yo le dije cuando entró toda la gente a apagar: “pues aquí te quedas, yo no te puedo subir canchada”, y ella me decía: “espérame poquito, Flaco, por favor, no se van a dar cuenta de que acá estoy; deja que se vayan y me subo despacito”. Yo le contesté: si vienen para acá, ahí te quedas sola, yo no me voy a quemar junto contigo. Y me decía: “espérame, Flaco, espérame”. Oímos todo lo que decían, lo que decías tú, lo que decía toda la gente que se metió a apagar. Luego, como a la media hora que se salieron y que cerraste la puerta del corral, bajé despacito y la acomodé en la redila para que subiera, la empujaba de las nalgas y la verdad pensé que ahí se iba a quedar hasta que amaneciera, porque no avanzábamos nada, llegaba nada más con una mano hasta la última fila de adobes.

—¿No les ayudó doña Concha? —le pregunté.

—Nada, ni se asomó. Allá nos dejó. Cuando se pudo agarrar y con mucho trabajo se subió a la barda, no se esperó a que me subiera yo y cambiara la redila del otro lado, echó el brinco y ahí no le importó su brazo que tanto se estaba quejando, quería estar afuera lo más pronto posible. Luego me subí yo, brinqué la redila para el otro lado y yo sí bajé apoyándome en esas tablas, no quería que hubiera otro quebrado. Salimos, doña Concha no nos preguntó nada, solamente se le veía prisa por que saliéramos a la calle. Me asomé y no había nadie, los murmullos a esas horas eran

nada más de aquí de afuera de tu casa, pero allá a la vuelta estaba escueto, me fui a mi casa y a dormir, ya no supe más.

—¿Te pagó por lo que hiciste?

—Nada.

—¿Por qué lo hiciste?, ¿yo te he hecho algo, te he dañado de alguna forma?

—En nada, somos amigos, yo te debo favores, nunca me has hecho nada. Yo nada más quería ayudarla a ella.

—¿Ayudarla en qué?

—Pues en quemarte la casa.

Me dejó muy pensativo el Flaco con toda su historia. Me resultaba imposible digerirla, estaba pensando qué le iba a decir a Yolanda cuando fuera a darme el “primer abono del préstamo”. ¿Sería bueno delatarla a ella y al Flaco en el ayuntamiento? Definitivamente no. Sería un gran escándalo del que yo podría recibir algún apoyo moral de mis amigos o familiares, pero nunca la reparación del daño, porque ninguno tenía la posibilidad, tal vez los padres del Flaco, pero, ¿para qué darles otro trago amargo aparte de los que les propinaba el muchacho en su vida cotidiana? Luego pensaba en el actuar de doña Concha, ella tan arrimada a Dios, era de las que llevaban siempre la vela gruesa en las misas primeras. Tan propia ella, tan callada, tan rezandera, ¿por qué permitió que me hicieran eso? Y, bueno, no solo permitió, sino que fue cómplice, porque estaba perfectamente informada de lo que me iban a hacer, ¿nunca habría pensado que se podría descubrir todo eso? Todo eso me generó varias noches de insomnio. Tanto era pensar y pensar, que por momentos olvidaba el único compromiso que tenía en esos días en que ya se habían cerrado las puertas de las oficinas del telégrafo: la competencia.

Ya había ido las tres ocasiones que se requerían de visita para dejar y un día después recoger los palomos que había anotado para la competencia. Ahora solo faltaba apersonarme en la casa lujosa de San Pedro Tlaquepaque a dos cuadras del famoso Parián, porque ahí sería la meta, el lugar de llegada de regreso de los palomos en competencia. La

salida oficial era a las siete de la mañana de la ciudad de Toluca, no he estado nunca ahí, pero está cercana a la Ciudad de México, y son poco más de quinientos kilómetros. La competencia era de verdad para los palomos de mayor categoría. Los organizadores prepararon un desayuno con muchos platillos para los competidores, yo estuve ahí desde temprano, pagué dos noches de hotel y me quedé cerca de esa casa. Eran muchos lujos para lo que yo conocía, la casa era enorme, con gran cantidad de habitaciones y un patio del tamaño del mundo con una fuente muy elegante al centro. Ahí alrededor es donde instalaron muchas mesas y cada quien nos parábamos a servirnos los platillos que, en cantidad, nunca había visto. Yo estaba como perro en rancho ajeno: todo me admiraba y también me asustaba, se me hacía difícil entablar conversación con alguien, y estaba buscando una esquina en la cual me pudiera sentar y dejar que el mundo echara maromas, cuando pasó caminando frente a mí la que seguramente era la mujer más hermosa del mundo. Una muchacha grande, “acuerpadita”, como dicen en Los Altos, con una cabellera negra, ondulada, enorme, que le llegaba hasta la cintura y una cara de virgen. Era blanca, muy elegante, con zapatos de tacón alto de los que muy pocas veces se ven; tal vez era actriz, era hermosísima, y todas las personas se le quedaban viendo, se les caía la baba igual que a mí. De ahí, el tiempo se me hizo muy rápido, olvidé la vergüenza, a mí nadie me vería estando ese monumento ahí. Había mucho barullo, la gente empezó a ambientarse y se formaban corrillos alrededor. Había música de mariachi, de la que, esa sí, me retiré, me llama la atención unos pocos minutos y después me fastidia el ruido; me alejé lo más que pude. Entre canción y canción se escuchaba una persona hablando por micrófono, yo no le daba mayor importancia, fui dejando que caminara la mañana por su rumbo y, cada vez que podía, volteaba a ver a la hermosa mujer que me había alegrado la mañana. Aunque yo sea de rancho, siempre buscaba no ser muy obvio, porque eso es molesto para cualquier persona. Si a mí me molestaba que me estuvieran

preguntando en cada esquina sobre el supuesto robo a mi casa, me imagino que la muchacha era objeto de invitaciones y piropos a cada rato, debe de ser muy bonito que una mujer se sienta observada, pero también muy penoso que la gente esté encima de ella en cualquier lugar.

Entre canción y canción la persona que hablaba en el micrófono daba anuncios: que había a la venta alimentos para palomos, casas de madera, anillos para ponerles los nombres de los propietarios; inclusive informó que había los servicios de un fotógrafo para quienes quisieran tener recuerdos de sus palomos favoritos. Había mucha algarabía, y yo me estaba dedicando a mirar a la hermosa amazona que caminaba de un lado a otro seguramente disfrutando de sentirse tan observada. Yo estaba en otro mundo y, cuando puse atención, el maestro de ceremonias informó que ya había llegado el tercer palomo de la competencia ¡El tercero y yo ni me había enterado!

—En estos momentos ha arribado Durango, el tercer lugar de los palomos participantes en esta competencia nacional —agregó el comentarista oficial—, se solicita la amable presencia del propietario para presentarlo entre nuestro amable público.

¿Y el segundo, y el primero? Por andar de boca abierta no escuché cuando habían llegado ya los dos primeros. Me daba pena preguntar, deberían de volver a anunciar, y mejor era esperar para no verme mal preguntando cuando debería haber estado atento. A los pocos minutos anunció:

—Arcoíris, el segundo lugar ya fue recogido por su dueño, igual que el tercer lugar. Si no aparece el propietario del primero, vamos a cancelar su cheque de mil pesos —dijo a manera de broma y fue bien recibida por el público. El haberme aislado por introvertido me estaba cobrando factura, debí haber puesto atención.

—Aquí sigue Ciro esperando que venga su dueño y que recoja su cheque.

¿Ciro? Era el mío, cuando los registré me preguntaron por el nombre de los tres y les dije:

—No tienen nombre.

—Pues bautícelos porque es requisito anotarlos por su nombre.

En esa ocasión me hice a un lado de la fila con mis tres palomos porque no iba preparado para eso, nunca me imaginé que deberían tener nombre. No fue tarea fácil, tardé más de veinte minutos en una faena tan sencilla, pero que a una persona criada en el cerro se le complicaba.

—Este es Hermes —le dije al receptor de los palomos—, este otro Aurora, y el último Ciro el Grande.

En ese orden, para mí, eran los mejores de los aproximadamente doscientos con que contaba en esas fechas. Lo de Hermes por el Dios mensajero; lo de Aurora porque para mí significaba como algo nuevo, como es un amanecer, y lo de Ciro el Grande porque había leído un libro donde decía que ese rey de Persia se había distinguido de sus predecesores porque, cuando vencía en batalla a sus rivales, les pagaba para que construyeran caminos, puentes, acueductos y templos, no los esclavizaba. Cuando me entregaron los papeles de registro, solamente decía: Ermes (sin hache, pero consideré inapropiado pedir la corrección), Aurora y Ciro (sin “el Grande”); creo que por eso no puse atención cuando anunciaron la llegada del palomo triunfador.

—¿No ha llegado el dueño de Ciro?

—Sí, acá estoy —grité ahora sí haciendo a un lado lo introvertido.

Volteó todo mundo; en ese momento me veían a mí, más que a la muchacha. Me fui caminando rápido para donde estaba el maestro de ceremonias. Yo iba pensando solamente en eso y no me fijé que había un hoyo de una pequeña alcantarilla que no tenía la tapa de metal encima, metí el pie derecho y estuvo a punto de fracturarse porque caí con todo mi peso encima, provoqué un fuerte ruido con mis manos sobre los ladrillos que adosaban el piso. Todo el mundo se rio a carcajadas, y la vergüenza que había perdido momentos antes se multiplicó por cinco. Sentía la cara muy caliente, y me puse más rojo que un ladrillo. Algunos aplau-

dían, otros no dejaban de reír y contestaba con una sonrisa fingida porque no podía disimular el dolor, iba renqueando, trataba de evitarlo, pero el dolor era muy fuerte. Cuando llegué hasta el hombre del micrófono me dijo:

—¿Amigo, no quería recoger su premio?

—Ja, ja, ja, sí, claro, pero no escuché cuando llegó el primero de los palomos.

—Pues si no quiere los mil pesos, aquí estamos muchos que los recibiríamos con gusto.

Yo quería, si fuera posible, meterme bajo una mesa. En eso llegó el cuarto lugar de la competencia, y por un momento todo el mundo cambió su mirada hacia el propietario de Centinela, porque llevaba ese nombre.

Me senté en una mesa acariciando mi palomo y ofreciéndole algo de comer. No puedo saber si el gusto era mayor que el dolor o a la inversa, pero lentamente fue bajando el sufrimiento. Debieron de haber pasado casi dos horas desde que me senté, y fue cuando creí que ya me podía sostener parado. Otro de mis palomos: Aurora, llegó entre los primeros veinte, y además del cheque de mil pesos, me entregaron una constancia de premio y otra de competencia por mi “Ermes”. Doblé muy bien el cheque del Banco Industrial de Jalisco, lo que se me hizo muy bueno, porque en Tepatitlán hay una sucursal para no tener que caminar mucho con una cantidad tan alta de dinero. Al primer día de regreso a Acatic, fui a Tepatitlán y abrí una cuenta con mi cheque.

Antes de salir, y estando yo en una mesa de un rincón, fui gratamente sorprendido porque la muchacha a quien estuve siguiendo de manera disimulada durante todo el día vino directamente hacia mí y me pidió permiso para sentarse. Se me subió de nuevo el color rojo a la cara y empecé a tartamudear. Nunca recuerdo haber sentido algo similar además de que el corazón se me quería salir por la boca; escuchaba sus palpitaciones y creo que hasta la vista me fallaba.

—¿Me puedo sentar? —había dicho.

—Sí, siéntese, digo, puede sentarse, jeje, quería decir que sí, que cualquiera se puede sentar, que usted es bien sentada..., no, que usted se puede venir..., que cada quien se sienta donde quiere —me sentí de otro mundo, más menso de lo que yo creía tenía derecho a ser, me avergonzaba mucho no poder hilar palabras. Si estuve tan admirado todo el día viéndola y anduve caminando disimuladamente atrás de ella solamente por observarla, ¿cómo era que llegando sola (y sola, literalmente), estuviera yo tan aturdido?

—Escuché que ganaste el primer lugar.

—Sí, bueno, pues yo no, el palomito —trágame tierra, ¿cómo podía estar tan atolondrado? — digo, sí, el palomito, son muy buenos para la volada (¿o se dice “vuelo”?), me sentí como una tortuga que nunca había salido de su caparazón), digo sí, ganamos, bueno, él voló, yo nada más lo traje.

—¿De dónde eres? —ella hablaba con tanta facilidad.

—De Acatic, un pueblito chiquito.

—¿De verdad?

—Sí, chiquito.

—¿Es bonito?

—Pues sí, bonito, con muchos palomos.

Pasado el tiempo, no me he podido explicar cómo es que se me pegaron tan feo los platinos (así les decían en mi pueblo a los muchachos, que como yo en ese caso, parecía bienaventurado). Cuando a un carro se le pegan los platinos, nada más hacen ruido, pero nunca encienden.

—Muchos palomos —agregué como si fuera necesario. Me sentía el más tonto de todos los tontos y, lo peor, no encontraba la salida.

—¿Está lejos de aquí?

—No, allá no, digo, sí está lejos de aquí, pero llegando no. Digo, más o menos cerca.

—¿Y te vas a quedar mucho tiempo aquí? Yo no hallo ni qué hacer.

Ahí se me fue aclarando el mundo. Ella estaba en lo suyo, muy guapa y que atraía todas las miradas. Nunca me vio a pesar de que yo nada más tenía ojos para ella, pero

ahora que había recibido un cheque es cuando supo de mi existencia. Cuando fui repasando eso, me empecé a dar cuenta de mi verdadera realidad. Sentí como que el oxígeno empezó a regresar a mis pulmones y mi pensamiento se empezó a asentar.

—Pues dicen que hay muchas cosas —le contesté ya sin tartamudear—, he oído que hay un lugar que le dicen El Parián, donde venden tequila y hay música.

—¿De verdad? Yo quiero conocerlo —me contestó con los ojos brillantes y sus hermosos chapetes que no cambiaban de color—. A mí la música me encanta.

—Pues ahí puedes escucharla las horas que quieras.

—¿Me invitas?

—Me gustaría mucho, pero ya tengo que regresar a mi pueblo. Será para otra ocasión —le contesté, seguramente de manera cortante porque su semblante cambió totalmente.

—Con permiso, me dijo en voz baja, ya sin sonrisa.

—Gusto en conocerla, ni siquiera nos presentamos ¿cómo se llama? —no me escuchó; mejor dicho, por supuesto que me escuchó, pero se terminaron de manera fulminante las ganas de conocerme. Y la verdad, fue correspondida. Volví a mis pensamientos sobre mis palomos, y ese hecho lo recuerdo solamente como una anécdota para contarles a mis nietos. Pude haberme hecho novio de una mujer hermosa, la más linda del mundo, pero estoy seguro de que habría disfrutado de su compañía solamente hasta que se acabara el dinero del premio, y seguramente eso no pasaría del mismo día.

Regresé al hotel, con ganas solamente de cenar, pero ni siquiera en un restaurante, llegaba un olor a longaniza, que no me gusta, pero eso me dio idea de que ahí vendían más cosas, y sí, cuando llegué al negocio había tacos de todos los que uno se pudiera imaginar, y también de los que no pudiera imaginarse; compré cuatro “de esos” que estaba viendo freír, me los prepararon y me los llevé a mi habitación, y de ahí ya no salí sino hasta el otro día. No pude dor-

mir en toda la noche por lo especial que había sido mi día, y la verdad quisiera que hubiera amanecido para haberme regresado antes a mi pueblo. Por la mañana arreglé mis cosas, revisé no haber perdido el cheque porque si había hasta una muchacha tan hermosa que se interesara en él, lo más probable era que hubiera por lo menos cinco muchachos que también ambicionaran ganarse mucho dinero que nos les fuera propio. Dejé la habitación, subí a mi camioneta y salí hacia la carretera lo más pronto que pude. Alimenté bien a mis palomos y, como ya era costumbre, ellos tomaban vuelo y los volví a ver cuando llegaba a mi morada.

Cuando me instalé en casa, sentía que volaba más alto que mis palomos por el éxito que había tenido en la anterior jornada, pero no creí prudente platicarlo con nadie, porque ya me había percatado de que había gente que yo pensaba me estimaba, pero tenían algún rencor mal habido en sus adentros y yo, por haber tenido la posibilidad de juntar dinero más que ellos, esa se convertía en una razón muy importante para odiarme. Me quedó claro que yo había nacido solo y que mi destino era andar así, sin compañía. Una cosa que traía dándome vueltas en la cabeza era que había visto una película gringa que me había gustado mucho porque el actor principal se había metido la idea de comprar un reloj de oro. Cuando fui a Tega y deposité esa cantidad tan alta de dinero en el Banco Industrial de Jalisco no sabía qué hacer y recordé lo de la película; entonces fui a la joyería que estaba en los portales de la presidencia municipal y pregunté al encargado por los costos de un reloj de oro:

—¿Cuánto cuesta un reloj que sea totalmente de oro?  
—ese acto me obligó a recordar cuando fui a contratar el teléfono doméstico en Acatic. El despachador me vio de arriba abajo, y más bien abajo porque mi manía de calzar huaraches creo que me hacía candidato no apto para contratar teléfono ni para comprar relojes de oro.

—Necesita venir la persona interesada para que nos diga de qué características lo quiere.

—Pues yo soy el interesado.

—Son mercancías muy caras y no tenemos en almacén, se hace un encargo por catálogo.

—Muéstreme el catálogo.

A regañadientes se acercó a una mujer de mayor edad que la de él que estaba dentro de una oficina, abrió una puerta y regresó a los minutos:

—Hay dos marcas que producen relojes de oro: Rolex y... —no recuerdo el nombre de la otra marca, pero me había dicho un nombre y apellidos extranjeros.

—Me interesa el Rolex —le dije.

Abrió el catálogo y había tres tipos, dos de a quinientos pesos y uno de a seiscientos.

—Quiero este —le señalé el de a seiscientos.

—Es necesario que el interesado deje un depósito del cincuenta por ciento para encargarlo.

—Yo soy el interesado —le recalqué— y ahorita regreso con el dinero completo para cerrar el trato.

Cuando me vio totalmente decidido y pensó que iba en serio, me dijo:

—Es probable que tengamos uno en la bóveda.

—Pues váyalo buscando porque regreso en unos minutos.

Fui al banco, le comenté al gerente que me había atendido cuando abrí la cuenta de cheques, le expliqué mi situación y ordenó el llenado de un documento para retirar seiscientos pesos. Ahí me dieron trato totalmente diferente al de la joyería.

Regresé a los minutos con el dinero y se los entregué en el mostrador; se acercó la señora a quien la habían consultado sobre mi petición y me recibieron como si fuera viejo conocido, muy atentos, me hacían preguntas sobre mi familia, las cosas a las que me dedicaba y se mostraron muy afectuosos cuando les respondía a sus preguntas. Me pareció que les gustaban mucho los palomos, más que a la señora Coba y a mí. Contaron el dinero, entró a la bóveda y regresó con el reloj reluciente y llamativo por el color. Además de un instrumento que semejaba la canilla de una mano,

me entregaron una caja muy bonita que tenía como cuatro formas de doblarse: una capa, otra capa, otra capa hasta que finalmente se cerraba. Luego, a manera de “regalo”, me dieron una elegante bolsa de tela y una franela roja dentro para limpiar mi reloj cuando se llegara a necesitar.

Salí muy contento con mi compra, muy pocas personas nos podíamos dar ese lujo, y en especial yo, porque había recibido mi costoso premio. De ahí fui directamente al mercado porque aunque hubiera comprado un reloj de oro, no perdonaba degustar una torta de con don Meregildo: con un poco de jamón y un mucho de crema, cebolla y zanahoria. Pagué mi torta y me dirigí, como siempre, a una banca de la plaza a comer bajo la sombra de un árbol. Ya no tenía que hacer tiempo para esperar el camión, ahora yo traía mi camioneta.

Me siguió un perro de esos grandes que se nota los tienen bien cuidados, parecía de mis palomos, con mucha clase, me siguió desde que salí del mercado, y yo pensé que quería que lo invitara de mi torta, pero no estaba muy dispuesto a compartirla porque siempre la terminaba aunque estuviera grande. Esta no iba a ser la excepción, así es que me arrellané en un lugar placentero sin que el perro se me retirara, ahí estaba con la lengua de fuera. Le di la primera mordida a la torta y me estorbaba la bolsa con el reloj, la puse a un lado mientras me terminara mi comida, cuando el perro tomó rápidamente la bolsa con su hocico y corrió con dirección al Ayuntamiento, cruzó todo el portal y yo alcancé a llegar solo a la banqueta cuando el animal dio vuelta con el botín. Seguí hasta la esquina donde dobló pero solamente por trámite, ya no se vio nada del perro. Quedé volteando para todos lados sin saber qué hacer. ¿A dónde podría ir a buscarlo, cómo haría mi reclamación formal en las oficinas de la policía, cómo les explicaba que un perro me había robado un reloj de oro de seiscientos pesos que apenas había comprado?

Ya no regresé ni a terminar la torta, se me voló el apeto y sentí ganas de llorar, me llené todo el cuerpo de ver-

güenza. Volteaba para todos lados para ver si alguien había observado mi tragedia, al parecer nadie se dio cuenta. Me fui cabizbajo a la camioneta, la encendí y me regresé al pueblo. Fue una tragedia, muy diferente al incendio del hospitalito, pero también tragedia. Pasé varias noches en vela. Podría comprar otro, pero ya no tenía entusiasmo.

Para colmo de males y como me había hecho experto en leer los periódicos, me enteré de que una extranjera había sido rescatada en una playa de Colima, su nombre era Cobra y de origen ruso. ¿Qué, cómo había podido haber sucedido eso? A la primera oportunidad que tuve, me comuniqué por teléfono con mi amiga, y me explicó que todo había sido una exageración, que ella acostumbra nadar mucho y que en esa ocasión se había adentrado en el mar, que llegó una lancha y la invitaron a subir.

—No, gracias, no lo necesito —les había contestado.

—Se está ahogando.

—No me estoy ahogando, estoy nadando.

—Está muy lejos de la orilla.

—Yo regreso sin problema.

—La tenemos que subir, somos de la guardia.

Entonces dice que accedió. Seguramente los oficiales estaban ávidos de aparecer en las noticias y se fotografiaron diciendo que habían rescatado a una bañista extranjera. Pues esta noticia fuera de lo habitual y tratándose de mi estimada amiga, me había estrujado un poco. Menos mal que fue una información falsa.



## OPERACIÓN VUELO LIBRE

Pasaron los días y volví a mi rutina: a criar mis palomos y su venta que no dejaba de ser prolífica, los clientes llegaban solos a mi casa aunque nunca abandoné mi negocio en el tianguis de Tapa. Compraba mucho alimento para no batallar y gozaba de la compañía de mis pajaritos. Recibía muchas invitaciones de fiestas, de idas a Guadalajara para ver el fútbol, había muchos fanáticos de las Chivas y no pocos del Atlas, los menos eran los del Oro, y todos los días recibía visitas pidiéndome que los acompañara. Nunca acepté, no me quería separar de casa, porque siempre traía en la cabeza lo del incendio, la invitación de la muchacha en San Pedro y el inaudito robo de mi reloj. Lo que sí me movió de mi vida habitual fue una última llamada telefónica que recibí de mi amiga Cobra. Estábamos en constante comunicación porque a diario me llegaban nuevos ejemplares, los que yo comercializaba con una versatilidad envidiable. Pero en esa ocasión fue diferente, habló para

despedirse y para pedirme un favor que desde luego acepté con el gusto de todo mi corazón.

—El circo se va a Argentina y lo más probable es que no regresemos —me dijo, ya habíamos platicado mucho rato como de costumbre, pienso que lo hizo a manera de preámbulo para no “agarrarme frío”.

—¿Cuándo es la salida? —le pregunté.

—Lo más probable es que en dos semanas.

Yo esperaba algo de eso desde meses antes, porque cuando la conocí me había dicho que la vida en el circo era de moverse por todo el mundo y con mayor razón, pues ella era de origen ruso. Siempre fue de pocas palabras, era muy atenta y servicial, pero de lo que se conoce como ternura a ella no se le daba. Siempre iba directa. Su castellano, aunque no era fluido había avanzado mucho, pero de todas maneras buscaba cómo utilizar solamente las palabras que se necesitaran, no más que eso.

—Te hablo para avisarte de mi salida porque ya no van a llegar palomos para retirarles los anillos, ahora vas a tener que criarlos desde su nacimiento. Estoy segura de que lo vas a hacer siempre, porque tu actuar así me lo ha demostrado. Pero te hablo también para pedirte un favor.

—Estoy a la orden, amiga Coba, por supuesto.

—Tengo la ubicación de un lugar donde comercian cualquier tipo de aves. Está en Jalapa, Veracruz; quiero que me apoyes llevando dos amigos míos para que conozcan el espacio y ejecuten un plan que tenemos para liberar a todas las aves que tienen. Tengo entendido que venden de forma ilegal hasta quetzales. Bueno, toda su venta es ilegal, pero las autoridades lo permiten.

—Con todo el gusto, yo llevo a tus amigos y nos ponemos de acuerdo en cómo hacer para liberarlos.

—En esta ocasión tú nos vas a ayudar solamente llevándolos a conocer el terreno; ellos van a hacer todo, no hablan castellano, son rusos, pero están preparados para llevar a cabo las más difíciles tareas.

—Necesito más información por favor, para hacer mejor lo mío.

—Mira, los dos son trapeceistas y domadores de animales salvajes, entonces, saben de todo. Quieren conocer muy bien el lugar porque hay perros que van a tener que dormir con tranquilizantes, y tienen que escalar alambradas. Tu tarea va a ser solamente pasar por ellos por Querétaro, llevarlos y regresarlos. Tienes que anotar los datos de dónde vas a tener que ir a recogerlos, a qué hora y en qué fecha. Tenemos planeado el itinerario de todo el trayecto, lo único que necesitan ellos es conocer el espacio, que los lleves a un hotel donde tú te vas a hospedar también y al siguiente día, amaneciendo, salir de regreso hasta Querétaro a dejarlos. Esa sería nuestra *Operación Vuelo Libre*, y también nuestra despedida amigo.

—¿Y qué me puedes decir del señor Cen?

—Todo ha caminado muy bien, ya contamos con toda una familia, son más de veinte cenizotes y hemos preparado buenos números, al público le agrada mucho y esa va a ser nuestra carta de presentación en Sudamérica, empezaremos en Argentina, pero tenemos el plan de movernos por los países vecinos por lo menos durante los dos siguientes años. Creo que no vamos a volver.

Me entristecía todo lo que me comentaba mi amiga Coda, pero, como ya dijimos, se ahorra palabras y me decía con crudeza todo lo que venía. Estuve de acuerdo con la ayuda que me pidió, no solo porque lo hizo, que eso era ya suficiente, sino porque yo formaba parte de ese equipo desde hacía mucho tiempo. Lo único que me preocupaba era que no hablaban nada de castellano, y me preocupaba que pudiera cometer algún error de manera involuntaria.

—Amiga, ¿si algo no resulta como lo pensamos, qué hago?

—Me hablas por teléfono, voy a estar las veinticuatro horas disponible, porque esa va a ser mi última acción en tu país. Pero no es nada difícil, ellos te van a entregar el croquis donde se localiza el lugar, el hotel al que tienes que llegar

y ya van a tener las reservaciones. Llévate una maleta con tu ropa para dos días, ellos traen solamente una mochila cada uno con su ropa, los somníferos, las jeringas, las sogas para preparar a donde tengan que hacerlo, y sus pasaportes por si sucediera algo mal que no tengamos contemplado, para que la embajada rusa haga lo propio. Pensando en el peor de los escenarios, tú estarías totalmente libre porque van a llegar separados al hotel cuando entren y cuando salgan. Es importante que sepas cuál sería tu participación: llegan al hotel, te registras y ellos llegan después. Sales al siguiente día a las ocho de la mañana y los recoges a tres cuadras en una gasolinera. El hotel está en la plaza principal de Jalapa. El lugar a donde van está como a seis kilómetros por una terracería, ellos te van a ir dirigiendo, lo único que tienes que hacer es hablar con las personas que venden las aves y pedirles que te muestren todo lo que tienen, te deben ver muy interesado en comprar para que te lleven por todo el recinto, sabemos que tienen quetzales y ese sería el último punto a donde vas a pedir que te lleven. Primero te muestras interesado en comprar pericos, les dices que ellos vienen a comprar todo tipo de aves, que te muestren todo lo que tienen, cuando te ofrezcan otras especies, les dices que te gustan mucho y que quieres regresar con muchas jaulas para comprar de todo lo que puedas cargar. No es muy grande el lugar, pero cuando lo veas conveniente, les preguntas si pueden conseguir quetzales, lo van a negar al principio porque está muy penada su venta, pero si los convences, te los van a mostrar. Todo depende de tu desenvolvimiento para que los convencas, mis amigos van a estar muy atentos en catalogar bien el espacio porque van a regresar por la noche, van a dormir a los perros y van a abrir todas las jaulas. Los van a acompañar aves de las mías para meterse el día de la liberación y ayudar a salir a todos. Generalmente, como han vivido mucho tiempo en cautiverio, pierden la noción de su posible liberación, entonces, nuestros amigos van a hacer mucho ruido con su trinar y van a volar hacia fuera y hacia dentro hasta que los cautivos vean que pueden salir.

—No es nada difícil mi tarea.

—Claro, es muy sencilla; el único paso que nos falta es que alguien de aquí los acompañe para que conozcan todo el lugar y hagan el plan para esa noche. Ellos van a salir solos del hotel y van a ir con sus medios, seguramente pagarán un taxi para que los lleve a un lugar cercano para disimular y luego van a seguir caminando. Al apersonarse en el sitio, los perros van a acercarse a la puerta alertando la visita, ellos los van a dormir, luego abren la puerta y van a abrir todas las jaulas que ya van a tener perfectamente ubicadas. Confiamos que todo el plan se lleve a cabo en quince minutos, porque el tranquilizante tiene alcance hasta veinte. Para cuando despierten, ya todo va a estar consumado. No se va a dañar a nadie, no se va a robar nada y sí se va a hacer un bien enorme, la liberación de muchas aves. Esta será mi última acción en México, y con el conocimiento adquirido y del cual tú me ayudaste mucho a través del señor Cen, voy a buscar qué más se puede hacer en los países del sur.

Nos despedimos, no sin una tremenda nostalgia y mucha tristeza de mi parte (estoy completamente seguro de que también ella sintió lo mismo que yo, aunque no lo demostraran sus palabras). Quedamos en volver a hablarnos un día antes del inicio del plan y eso, de nuevo, me llevó toda una noche en vela. Pero eran noches de no dormir, yo digo, en bonito, porque las hay en feo, como cuando el incendio de mi casa o cuando me robaron mi reloj de oro.

Un par de días antes de ir a recoger a los rusos a Querétaro, tocaron a mi puerta, era nada más y nada menos que Yolanda, la de los chayotes.

—Buenos días, me alegro mucho de saludarlo, y vengo a cumplirle con lo del abono; yo estoy muy agradecida de todo lo que hizo por mí, nadie como usted para hacerme un favor tan grande. Habíamos quedado que le pagaba seis pesos a la semana todos los jueves, pues vengo a adelantárselos y siempre que pueda, vendría antes hasta ponerme a mano. Es que el favor que usted me hizo nunca lo voy a olvidar.

- Oye, Yolanda, ¿y cómo fue que te rompiste el brazo?
- Vendiendo mis chayotes, ya le había dicho.
- ¿En qué lugar?, ¿sería aquí cerca?
- Nada de cerca, fue en la esquina del portal, en la plaza.
- ¿Y quién te ayudó a levantarte?
- Nadie, yo solita, no había gente.
- ¿En la esquina de la plaza y no había gente?
- En ese rato no, fíjese, siempre hay muchos que van a la plaza, pero cuando me tocó mi desgracia no había nadie.
- ¿No estaba ni el Flaco?, ese siempre está en la plaza.
- No, nadie; bueno, le dejo estos centavos y me tengo que ir porque si no hago mi trabajo se me van los clientes. Ya sabe, si puedo antes, yo le traigo sus abonos para no morirme y tener que regresar por la deuda, luego me le aparezco.
- ¿Las apariciones son por la noche, Yolanda?
- Dicen.

Salió corriendo literalmente y no me permitió insinuarle nada más. El Flaco tenía toda la razón, si no me hubiera dicho él mismo lo que habían hecho, yo habría vivido todo el tiempo engañado. A los pobres Peludos les achacan todos los males que hacen y otros que no hacen. En mi caso, ese hubiera sido uno de los que no hicieron pero que les acomodaban, digo les acomodaban, porque yo no había sido el iniciador del cuento, sino que todo mundo cuando me encontraba me decía “ya supe lo que te hicieron esos Peludos, gente mala, hacen cosas sin ningún motivo”.

Si alguien me hubiera dicho, “¿cuáles son los planes de tu vida, qué vas a hacer?”, imposible haber previsto lo más mínimo de lo que me había sucedido los últimos meses, increíble haber pensado por mi paso por el telégrafo, ni con las peleas de gallos, con la comunicación con un cenzone, la crianza y venta de palomos, la obtención del premio, y menos con los hechos negativos en los que lamentablemente y a mí pesar, me vi envuelto.

Me volví a comunicar con mi amiga la señora Coba, como habíamos quedado, repasamos los detalles, anoté

todo por si acaso, aunque, la verdad, el itinerario era muy fácil. Lo primero que tenía que hacer era salir temprano a las seis de la mañana hacia Querétaro el siguiente lunes; allá debería recoger a los rusos a las doce, podría irme un poco más tarde, pero siempre me gusta estar a tiempo para evitar infortunios, era más fácil que si llegaba antes, buscar dónde tomarme un café. Así sucedió, llegué casi dos horas antes, me estacioné en un lugar de cobro para no estar dando vueltas, tomé un café y pedí un pan, hice tiempo y salí faltando quince minutos hacia la esquina señalada. Mi primera acción sería recogerlos, llegar y saludar aunque no me entendieran, pero debería hacerme pasar como que ya nos conocíamos, me había dicho la señora Coba que eran dos güeros de aproximadamente veinticinco años de edad, bajitos y de pelo lacio. Eran inconfundibles tan solo por estas características, pero además ellos me iban a ayudar, porque ya sabían que iba a llegar una camioneta de color azul y con tales y cuales características. Así sucedió; cuando los vi, desde una cuadra antes de llegar, ya sabía que ellos eran, fui descendiendo la velocidad y me aproximé a la banqueta, ellos al momento recogieron sus maletas, apagué el motor y saludé:

—Buenos días, gusto en saludarlos, ¿ya listos para el viaje?

Algo contestaron, seguramente una cosa similar a lo que yo dije, pero no les entendí, ni falta hizo. Acomodaron sus maletas a la parte de atrás y luego subieron ellos a la cabina. Me dirigí hacia la salida y a seguir las instrucciones del viaje. Lo habíamos planeado directo, iban a ser como nueve horas. Al final hicimos siete y media, e incluso eso nos dio tiempo para comer algo en un restaurante en el trayecto. Fue cansado el viaje, eso sí, y aunque no entendía lo que ellos hablaban, no fue tedioso el camino. Eran muy perfeccionistas y repasaban una y otra vez el trayecto en la carretera, sabíamos que íbamos bien, pero revisaban y volvían a revisar, calculaban el tiempo en cada punto que habían señalado, en el mapa no escribían nada, pero tenían perfectamente señalado el trayecto con alfileres de colores.

Llegamos a Jalapa a las siete y media de la noche; yo nunca había estado ahí y me pareció una ciudad muy bonita, la poca gente con la que tuve contacto era muy atenta, campechana, como decimos nosotros. De los rusos no hizo falta que se relacionaran con nadie, aunque no lo hubieran podido hacer porque no hablaban una palabra en castellano; me imagino que estaban recién llegados al circo Atayde, porque mi amiga Coba entendía todo y contestaba con acento, pero era muy raro que se atorara alguna palabra; las conversaciones siempre eran fluidas con ella.

Cuando llegué, como quedamos, yo entraría solo al hotel y harían ellos lo propio un poco después. Somos muy previsores de lo que estábamos haciendo porque bien sabíamos que no era legal. Íbamos a abrir jaulas, y eso es una acción muy buena, pero a los ojos de los dueños y de las autoridades éramos delincuentes. Bajé mi pequeña maleta, revisaron mi reservación y me entregaron las llaves de una habitación amplia, con un ventilador de techo muy eficiente, lo comprobé apenas entré porque estaba haciendo calor y por la forma de las casas, casi todas con techo de tejas, entendí que la temperatura siempre era alta, y además húmeda, que, aunque no está cerca del mar, el ambiente siempre está húmedo. Noté la presencia de unas pequeñas lagartijas en las paredes, pero no me incomodaron en absoluto, yo sabía que hacen un bien a los hombres porque comen insectos (igual que las aves). Me bañé abriendo solamente la llave del agua fría, que en realidad estaba tibia y sabrosa; disfruté un poco más del tiempo que normalmente utilizo para esos menesteres y, una vez seco, me acosté en una cama blanda y en un momento me quedé dormido. Desperté ya avanzada la noche y tomé un poco de agua de un jarrón que estaba dispuesto sobre una pequeña mesa que estaba a la mitad de la habitación; no tenía hambre, porque la comida que hicimos en el trayecto fue voluminosa. Muy pronto me quedé dormido otra vez. Había acordado con la señora Coba que yo tendría que desayunar por mi cuenta para que no se nos viera juntos a los rusos y a mí. Como el

hotel era muy céntrico, pronto localicé un restaurante donde preparaban comida casera, pedí unas “pellizcadas” de las que nunca había oído nombrar, estaban muy sabrosas y las acompañé con un café de olla de regular calidad. Avancé de regreso al hotel para hacer tiempo y salir exactamente cinco minutos antes de las ocho de la mañana para recoger a mis nuevos amigos en la misma gasolinera donde habíamos acordado que los dejara un día antes.

Ahí estaban, ahora sin sus maletas, nos saludamos igual que cuando los recogí en Querétaro, como si nos conociéramos de mucho tiempo y como si nos entendiéramos. Subieron, arranqué rápido y me dirigí hacia donde me habían señalado cuando veníamos en camino a Jalapa, casi todo era línea recta, solamente tendría que dar vuelta en un lugar donde había un conjunto de casas y un pequeño templo que para nosotros era nuestro faro de localización. No fue difícil ubicarlo porque la simetría en la medición de las distancias que íbamos avanzando era casi perfecta a pesar de que ninguno de nosotros habíamos estado en Jalapa ni en sus entornos. Habiendo girado a la derecha donde se tenía contemplado, manejé un poco más de quinientos metros y apareció frente a nosotros el negocio por el que habíamos hecho todo el periplo: una casa muy similar a todas las construcciones de la región, con la diferencia de que esta era muy alta y estaba atrincherada entre rejas de metal de color ladrillo por todos lados. Era una enorme jaula de aves y eso solamente en el frontispicio, ya entrando una vez después de habernos estacionado exactamente en la puerta de la entrada, porque si una cosa sobraba ahí era estacionamiento, las casas del vecindario se veían pobres y pareciera que el último vehículo que habían entrado ahí tendría varios años de haberse retirado. Tocamos en las rejas, salió un señor de mediana edad con un enorme sombrero y fumando un oloroso puro que despedía más humo que una locomotora de vapor.

—Buenos días, con una molestia señor —le dije—, nos dijeron que aquí vendían pericos buenos para hablar.

—Aquí mero —contestó pareciendo amable el señor de marras—, tenemos de todos los colores siempre y cuando estén buscando verdes.

—“El que es perico, donde quiera es verde” —contesté yo la amabilidad y tratando de ponerme a la altura de la gente pueblerina y dicharachera.

—Pásenle, están ustedes en su jaula.

—Nada más que me prometa que aquí las gallinas de arriba no cagan a las de abajo —le contesté la última toreada.

Para ir tomando confianza, que de entrada no aparentaba ser nada difícil, le comenté que los señores eran extranjeros, que los había mandado un señor muy rico que había comprado una hacienda muy grande en San Luis Potosí, y que se había propuesto llenarla de todo tipo de aves, porque iba a ser visitado por muchos extranjeros, que según yo, era algo así como embajador o cónsul de un país europeo. A mí me habían mandado para que los llevara a los lugares donde ellos podrían conocer los tipos de aves y los precios con los que se les podría comprar.

—Pues te mandaron al paraíso de las aves, no hay otro lugar en todo Veracruz para que compren todos los animales que vuelen —me contestó y se le veía contento, había caído en el aro y se comportaba como hubiéramos querido que lo hiciera.

—En este lado tenemos pericos de todos los tamaños, algunos ya hablan, pero los van a tener que enseñar con sus palabras extranjeras porque a estos, como has de suponer, los enseñan a decir “cotorrito”, “puto” y “buenos días, don Pancho”. Y efectivamente, cuatro o cinco de ellos nos saludaron con esas letanías. Nosotros reímos y los rusos solamente veían. Me imagino que la señora Coba los había aleccionado para que demostraran gran admiración porque desde la entrada iban señalando con sus manos y abriendo unos ojos tan redondos como de canario. Esa actitud causó buena impresión en nuestro anfitrión porque todo el tiempo se mostró muy amable, pareciera como si fuera a hacer la mejor venta del año. Y la verdad, ese era nuestro propósito,

que nos viera con gran entusiasmo para que nos mostrara todos los rincones. Yo procuraba caminar delante de ellos y dándoles la espalda, para que sin ninguna limitante fueran ellos revisando minuciosamente los espacios y características para el trabajo que esa noche deberían hacer. No era tan grande la casa como la había imaginado, pero sí muy alta y llena de jaulas por todos lados. Nunca podría yo haberme imaginado la diversidad de aves que ahí comercializaban, en una jaula muy grande exhibían las de ornato con unos colores tan hermosos que es imposible imaginar cuántas pudieron haber capturado para su venta: rojos, azules, amarillos, verdes y combinaciones de tres o cuatro colores brillantes. Había jilgueros y unos que tenían unas plumas en forma de copete muy fastuosos (dijo el nombre pero no puse mucha atención, yo estaba concentrado, como los rusos, en verme muy atraído por la variedad). De ahí pasamos a observar los tucanes, grandes, espléndidos, muy soberbios, con su enorme pico. Tenía un corral con pavorreales al que le dedicamos también un buen rato en la admiración por ser animales tan sublimes y fastuosos. Supongo que a esos no los liberaron los rusos porque están acostumbrados para habitar en un solo lugar cuando los han domesticado. Y digo supongo porque a pesar de que al siguiente día les entendí que había sido todo un éxito la liberación de los animalitos, nunca supe si también los pavorreales salieron del cautiverio. Finalmente, y para rematar, como me lo había pedido la señora Coba, pregunté por si tenía quetzales.

—Amigo, nos vamos muy admirados de la gran variedad y hermosura de tan espléndidos pajaritos, llevo anotados los precios de cada uno —yo traía una libreta de pasta dura donde iba anotando nombres y precios—, solamente quiero pedirle un último favor.

—Para luego es tarde —contestó nuestro dicharachero vendedor.

—¿Usted tiene quetzales?

—No, esos son muy difíciles de conseguir, solamente en Guatemala, y son muy caros.

—Sí había escuchado eso, que son muy caros, pero su calidad los vale, me han dicho que son los más hermosos y que muy rara vez cantan. Por eso son tan admirados.

—Son muy, pero muy caros por lo mismo de que son muy difíciles de conseguir. Cuando alguien tiene, los deben tener en espacios muy grandes porque mueren fácilmente estando en cautiverio.

—¿Y sabe dónde podría encontrar algunos? Estamos interesados por un parecito aunque fuera.

—Mira, de los que tengo aquí, los tucanes son los de mayor precio, y te puedo decir que los quetzales valen diez veces más.

—Pero los valen perfectamente —le dije para animarlo porque ese era nuestro principal objetivo.

—Están muy prohibidos. Hace unos años yo tuve un par aquí, pero la policía anda a vuelta y vuelta revisando.

—Yo apreciaría mucho si nos dijera dónde comprar aunque fuera un parecito —le repetí—. Estas gentes ya llevan toda la información que necesita su patrón y tenga la seguridad de que le van a comprar muchos. Cuando vengan, se van a llevar la mitad de su negocio, se lo aseguro.

—Yo a usted lo veo que es de confianza, ¿pero sus amigos, qué me dice de ellos?

—Pues que son de más confianza que yo, ni siquiera hablan castellano.

—Jajaja, pues tiene razón —cambió su semblante y pareciera que disfrutaba más su puro porque no dejaba de darle tremendas fumadas.

—Ya vimos el 99% de lo que teníamos que ver, ahora voy a seguir mi encargo de buscar unos quetzales para regresar con mi encargo completo.

—¿Amigo, a ustedes quién les recomendó venir aquí?

—No le sabría decir, de verdad, si le dijera un nombre, le mentiría, yo solamente vengo acompañando a estos señores. Alguien allá en San Luis les dio su dirección, porque yo solamente vengo de guía, ellos ya traían la encomienda de

visitar su jaula, digo, su casa, jajaja —trataba de hacerme el gracioso como él para darle confianza.

—Pues, mire, le voy a mostrar algo —me dijo finalmente y se encaminó hacia un tejabán enorme que tenía muchos arbustos dentro y que estaba cruzando el patio de los pavorreales. Fuimos solos, procuró que en un momento de descuido de los rusos nos separáramos del grupo.

Abrió una vieja puerta de madera y ahí tenía cinco quetzales.

—Cosa más maravillosa —le dije—, esto es lo que le va a gustar más al patrón de estos señores.

—Nada más de esto sí le pido completa discreción, ya ve cómo son las cosas con nuestras autoridades, no lo dejan a uno trabajar a gusto.

—Despreocúpese del todo, nadie se va a enterar de esto —le dije—, pero sí va a ser necesario que ellos los vean para que le expliquen bien al patrón, porque si yo les platico y no los vieron, no me la van a creer.

—¿Usted responde por ellos? —me preguntó como si él y yo fuéramos viejos conocidos.

—Totalmente —le dije categórico.

—Pues hábleles.

Entonces salí del tejabán, les hice una señal con la mano que vinieran, se acercaron y mostraron una admiración como si se les hubiera aparecido la virgen de Guadalupe. Hablaban y hacían genuflexiones de todo tipo, se tapaban la boca con las manos, dejaban sus ojos redondos y exclamaban en su idioma. Todo fue un éxito. Salimos juntos, muy contentos y entre el vendedor y yo acordamos que muy pronto regresaríamos (él no supo que los rusos regresaron más pronto de lo que él había supuesto, pero para abrir las jaulas). Le auguramos la mejor venta de su vida y salimos tan agradecidos que ni siquiera le dábamos la espalda, los rusos hacían unas reverencias que casi llegaban sus cabezas al piso; ahí me percaté de que en verdad eran trapeceistas. Después de habernos dado las manos como cinco veces, finalmente nos despedimos y subimos a mi camioneta.

Regresamos a Jalapa muy contentos todos, casi tanto como nuestro supuesto vendedor.

Yo con eso ya había hecho un 90% de mi tarea, yo tendría que dejarlos de nuevo en la gasolinera, llegar solo al hotel, hacer tiempo durante todo el día, no aparecerme para nada hasta en la noche para que nadie notara siquiera que nos conociéramos y temprano por la mañana salir hacia Querétaro. Estuve un rato en la habitación, pregunté por un lugar donde vendieran artesanías, que, si bien no tenía contemplado comprar, pensé que sería un buen lugar para distraerme. Me sugirieron y esa fue una muy buena nota, que visitara el museo de arqueología, que era uno de los mejores del mundo y que contenía una gran cantidad de cabezas olmecas. Eso hice y fue un gran logro para mí; además, dediqué muchísimo tiempo en la observación. Salí ya por la tarde y aproveché para visitar el mercado, que ofrecía no solamente artesanías sino una enorme variedad de frutas y ventas de golosinas. Comí de todo cuanto pude, pero no llevé nada al hotel para no llamar la atención en lo más mínimo, y nadie quería tampoco hacer mucha amistad para evitar preguntas que en un futuro me pudieran evidenciar. Pedí un café de olla en el mismo local donde había desayunado, y cuando creí oportuno regresé a mi habitación directamente para ya no salir sino hasta el siguiente día.

Me enteré días después, por boca de mi amiga la señora Coba, de que todo fue un éxito, que salieron los rusos con sus valijas y sus aparejos de saltimbanquis para abrir las rejas, trepar por cada una de ellas, quitar cerrojos de las jaulas y liberar todas las aves. Me comentó que el somnífero aplicado a los dos grandes perros con los que contaban para la vigilancia nocturna dio excelente resultado y no fueron necesarios los veinte minutos que estaban programados para sus efectos; inclusive, antes de salir, revisaron que tuvieran bien abiertas sus bocas y la lengua de lado para evitar cualquier inconveniente. A algunos pájaros hubo que apoyarlos por medio de los que llegaron dirigidos por la señora Coba para que hicieran ruido y les mostraran la salida. Los quetzales salieron

fácilmente, en cuanto abrieron las puertas, salieron solos sin necesidad de dirección de otras aves. Ya había amanecido y la claridad sirvió de mucho.

Los rusos habían tomado un taxi desde las inmediaciones del hotel y hasta el templo donde estaba la desviación, de ahí se fueron trotando sin problema sin generar suspicacias porque era un tramo deshabitado hasta la casa de los pájaros. Al llegar, se acercaron los perros ladrando y al momento fueron disparados con los sedantes, abrieron inmediatamente las puertas con las herramientas especiales, los acomodaron a un lado de la puerta para que no llamaran la atención de posibles visitantes y procurando que tuvieran la boca bien abierta. Lo demás ya estaba todo contemplado, sabían por dónde empezar, cómo abrir las jaulas, cómo subir a las que estaban elevadas (esa era su especialidad). Los pájaros de auxilio estaban desde antes de que llegaran los rusos y, al abrir la primera puerta entraron y empezaron a trinar fuerte para llamar la atención de los cautivos.

Salieron, emparejaron las puertas, trotaron los poco más de quinientos metros de regreso hasta el templo, cogieron un taxi sin mayor problema y regresaron al hotel. Cuando yo pagué la habitación y llegué a la gasolinera, estaban muy sonrientes los rusos, seguimos la misma rutina, hablamos cada quien en su idioma como si nos entenderíamos perfectamente, subieron y salimos de regreso hasta Querétaro. Al regreso iban más contentos que a la ida, platicaban y reían mucho; yo escuchaba y los observaba. Me hacían reverencias, no hasta el piso como las que hicieron con nuestro posible vendedor, pero sí me dejaron muy claro que estaban agradecidos por mi ayuda. A señas les pregunté si estaban de acuerdo en que llegáramos al mismo restaurante que habíamos tomado en el camino de ida y aceptaron de muy buena gana. Comimos sin prisas, nos dimos tiempo para un postre y yo pedí mi café de olla que ya se me estaba haciendo costumbre; en Acatic nunca me había gustado, pero ahí lo había degustado muy bien. Ellos siempre pedían agua caliente y traían unos pequeños pomos con yerbas de

las cuales se preparaban tés. Aun cuando el recorrido era muy largo, al regreso me dio la impresión de que había sido más corto; los dejé en Querétaro con un fuerte apretón de manos en señal de que estábamos muy agradecidos los unos con los otros, y nos despedimos de la manera en que consideramos muy amable. Subí el volumen de la radio y me vine cantando hasta llegar a Acatic, algo raro en mí, lo reconozco porque nunca canto, pero en esa ocasión me nació del alma. Soy un poco menos diestro en el canto que en el toreo, pero, aprovechando que nadie me escuchaba, abrí la garganta y vine todo el camino a grito abierto.

Descansé toda la noche como si fuera la bella durmiente, y al despertar me abrazó la tristeza de pensar que mi amiga la señora Coba se iba a un viaje del cual no regresaría. Sentí mucha nostalgia; no me preocupaba el “abandono”, si así le pudiera llamar, en el sentido de que ya no iban a llegar palomos, porque ya contaba con una enorme cantidad y se reproducían fácilmente. Me desconsolaba el pensar que ya no podría hablar con ella. Me dijo que se llevaba los cenzontles, eso me dio mucho gusto, porque yo no podría convivir con ellos a no ser de comunicarnos por medio del aparato telegráfico, pero con ella estarían haciendo cosas maravillosas frente a públicos expectantes.

Toda la mañana estuve reflexionando sentado en mi nueva adquisición: una cómoda silla mecedora de madera que había amoblado con unos mullidos cojines. Ahí, balanceándome acompasadamente frente a la sombra de los guayabos y su característico olor, estuve repasando qué había sido de mi vida durante los últimos meses, cómo había obtenido mi primer empleo con un señor que no hablaba ni media palabra, cómo me había dedicado a la cuida de gallos de pelea que tanto renegué después porque me dediqué al cuidado y la liberación de las aves; de haber descubierto la mayor de mis admiraciones al comunicarme con un cenzontle por medio del telégrafo, y que eso cambió e hizo muy emocionante todo lo que yo hacía. El descubrimiento y la amistad con la señora Coba. Mis ganancias con los palomos, el premio, el robo de

mi reloj de oro (aunque he tenido los recursos para comprar muchos, no se me antojó volver a adquirir otro). Y el conocer la maldad de la gente, como me sucedió con el Flaco y Yolanda. Vivo solo, ya no tengo familia, pero si tengo la fortuna de conocer un nieto, a él le contaría esto que ha sido el mejor trayecto de mi vida: la comunicación con las aves y mi devoción por abrir jaulas donde quiera que puedo.

Un par de años después de la partida de la señora Coba, falleció mi abuelo; tenía de propiedad una pequeña y antigua casa en el campo, en un predio de dos hectáreas conocido como la Loma. Fueron muchos sus hijos y muchos más los nietos; como herencia era muy poco para ser repartida, acordaron venderla y entregarle el dinero a mi abuela, que se había quedado sola porque todos sus descendientes se habían ido a vivir a otros lugares. Le pusieron precio y habían acordado que lo ideal era que fuera vendida a alguno ya fuera de sus hijos o nietos. Los hijos no mostraron interés y de los nietos, cuatro aceptamos hacer una propuesta, la mía fue la más alta y sin mayor discusión entregué el dinero a mi abuela y recibí la escrituración de la propiedad. Eché abajo el techo que ya estaba a punto de caerse solo, lo reforzamos con mucha madera de buena calidad y lo cubrimos con teja. Alrededor de la casa sembré muchas flores de todo tipo, me auxilió una señora de Tepatitlán que tenía sobrada experiencia en eso. Yo me propuse como meta llevar a diario alimento para las aves y, aunque nunca tuve ninguna enjaulada, llegaban de todos los tipos y tamaños, especialmente colibríes y abejas. Instalé pequeñas casas de madera, pero sin puertas, alrededor de la casa y siempre estaban ocupadas.

Promoví un concurso de elaboración de globos y regalaba premios a quienes lograban que sus creaciones fueran las más vistosas y se elevaran más alto. No recuerdo a razón de qué pero siempre se hacían las competencias durante el mes de septiembre y la casa de la loma se llenaba de cientos de visitantes. Cortaban libremente flores para las fiestas patrias y, como un gesto de agradecimiento por las múltiples visitas, se hizo tradición que invitáramos a comer a todos

los visitantes. Pagaba de mi peculio a todas las señoras que hacían birra y pozole del pueblo para que lo ofrecieran gratuitamente a todos los visitantes. En una ocasión me dijo una señora:

—Esta casa se va a llamar de la señora de la gratitud porque usted siempre nos regala la comida.

—No —le contesté—, ya tiene nombre, es la casa de la señora Coba.

Originado entonces por esa idea, mandé instalar un letrero grande, lo más grande que pudiera hacerlo un carpintero, y que dijera eso: “La casa de la señora Coba”.



*El telegrafista*  
se terminó de imprimir en agosto de 2021  
en los talleres de Ediciones de la Noche

El tiraje fue de 200 ejemplares.

[www.edicionesdelanoche.com](http://www.edicionesdelanoche.com)



*E*l telegrafista es una novela escrita por Cándido González Pérez, la cual busca que el lector conozca los aspectos mágicos de la vida alteña. Una de las diversiones principales en estas tierras son las peleas de gallos, que amenizan cantantes famosos. El protagonista de la novela asiste a una en el Valle de Guadalupe, a donde lo lleva el director de la oficina de Telégrafos de Acatic, donde nuestro héroe aprendió el oficio de la comunicación. Pero a su jefe, más que los telegramas, le interesan los gallos y los pájaros en general. Cuando un día desaparece de manera misteriosa y para siempre, el joven abre todas las jaulas de la casa de telégrafos y las aves felices recobran su libertad.

ISBN 978-84-18791-21-5



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA  
CENTRO UNIVERSITARIO DE LOS ALTOS